

ARIANA HARWICZ

Degenerado



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Degenerado
Créditos

La mente es como un trineo inmundo que nos arrastra por malos caminos dejando huellas para que nos atrapen, callate y decí por qué la manoseaste, por qué la infiltraste en tu casa para enseñarle sobre las aves y las abejas. Cuando está así frente a un trofeo y más si tiene posibilidades se lo ve salido y asqueroso, como un infectado y da vueltas, vueltas, agarra las latitas de cerveza que dejaron los otros, se arrastra, se pierde, parece un chico malcriado, pero si no, le juro que suele ser un vecino ejemplar, doy fe, gendarme, un vecino sin historias, un hombre normal, si hasta fue él el que nos ayudó con toda la instalación eléctrica acá, antes esto era un chaperío. Se le cambia la cara, los ojos así todos abiertos con ronchas, parece que está viendo un expositor de pollos asados cuando le agarra, gendarme, no crea nada a su defensa, y pensar que era nuestro vecino más bueno, tengo tantas anécdotas con él, tengo fotos, videos, se los puedo mostrar, veranos juntos, no puedo creerlo, una vez nos metimos al mar y juntábamos caracolas marinas, otra vez navegamos hasta el anochecer en un velero, hicimos tantas rutas juntos en los jeeps y en camello, se la pasaba en mi jardín, comía en mis platos, bebía en mis copas, no puede ser que sea él. Yo lo veía encorvado ir y volver por la acera fijando los ojos en la luna, siempre me pareció un sospechoso. Me sacaban a mí también de la cuna en plena noche, siempre disfrazados, me sacudían como a una palmera en un tifón, me llevaban al campo vacío, oscuro, ventoso, la nieve horizontal no dejaba ver los alambrados y yo daba un grito espeluznante.

¿Por qué te descargaste con una que apenas empezaba a caminar? ¿Qué necesidad? Por suerte se retiró ese verano repugnante, gelatinoso, como todo este caserío, como todo este gentío oliendo a campesinos disciplinados, a pueblerinos hechos en serie, alineados, marchando débiles, asustadizos, achanchados, qué diferencia entre uno de ellos y un roedor atrapado en la despensa, el queso en el hocico, o un caballo tomando con la lengua de la pileta de plástico, nada excepto que unos tienen carnet de conducir. Por suerte los gatos empiezan a morir con la canícula y cuando llegan las heladas ya

tienen los órganos severamente dañados, se tiran con un ojo en compota, rasguñan las ventanas, se dejan pisar por furgones y remolcadores. Él los dejaba del otro lado de la ventana sucumbir contra la sombra y la nieve, nosotros eso lo advertíamos pero nos parecía tolerable, señor, hay gente que siendo normal tiene sus vicios. Te vimos llegar al pueblo como un hombre cargando antorchas y palas, te vimos sembrar tus madrigales, tu huerta, construir tu aguantadero, dejarte cortejar por alguna vecina, y mirá. Por qué nos hiciste esto, todavía hay gente que te quiere, no puede ser verdad, es todo un pueblo que sufre y fue engañado. ¿Tenés avidez de todas las chicas que juegan a las escondidas en los matorrales? ¿Querés ponerles trampas para conejitos? ¿Querés ofrecerles caramelos de anís? Él las vio crecer a todas. Él vio crecer a nuestros hijos. Él estaba en los bautismos y en las salas de las parturientas, en las celebraciones en los galpones con guirnaldas y bafles. Él vio caerse a nuestros hijos en sus primeros pasos, si hasta una vez rescató a uno de lo más alto de un tobogán mientras la madre trabajaba en el centro. Las vecinas no paran de llorar desde que se supo. Afuera esperan que sea mentira, en shock, dicen que sus hijos lo adoran, le piden que les haga upa, que los haga dormir la siesta y cómo se le explica a un chico que no hay que querer, cómo se le dice, gendarme, a un chico que su vecino al que quiere es un criminal. Qué fastidio que se crean astutos al cazarme, debería haber comprado esos cristales para huracanes, conseguir buena madera en el monte que da a la salida pavimentada y tapiar para siempre todas las entradas.

Se instalaron afuera y me colgaron desnudo junto a un asno, te gustan los bicharracos eh, te gustan los dientitos de los cobayos y la lana de las ovejas, cuanto más peludo mejor hein, te vieron por ahí bicheando. Esperarán todo el paso de la negrura, armarán campamento y estarán cuando vuelvan mis ojos. Vamos a carbonizar tu casa, con vos adentro, con esa pianola, todo arderá. Otros en cambio me avivan al crimen, defienden mi bondad, me traen bizcochos de avena las mujeres y algunos signos de amor fanático. Ropa interior en la ligustrina, besos de rouge pegajoso en sobres de papel. Voy a decirles exactamente lo que hay en mi corazón pero antes si me dejan pasar a cerrar el corral que tengo que encender la garrafa antes del toque de queda. Estoy rodeado de pequeños mosquitos como dientes, cuando no hay viento ni llueve, todo se inunda con moscardones. Ahí husmean mi despensa y se llevan

todos mis huevos calientes, mis hortalizas, los tiran contra la medianera y las rosas, pero para qué perder saliva, qué puede importar eso con los faros policíacos en el cogote. Por ahora estoy a salvo en mi cabaña, no existe música alegre como no existe una vida alegre. Miro la niebla fosca, el amor es otra cosa, no se puede controlar, miro la niebla calina, es lo que intento decirles con el cinturón de explosivos.

Una pila de gente se amontona frente a mi portón, nunca pensé que eran tantos por acá, hay más que en el último festival de música y comparsa en el día del vinicultor, más que en el mercado cuando quedan restos de pescados y se abalanzan, se les suspendieron todas las tareas domésticas o les parezco el mejor plan dominguero. Una pintada en mi pared con eso de abuso y un dibujo escabroso de burro. Otros una pancarta con un viejo fornicando una cabra tomándola de los cuernos. Esta gente tiene mucha clase. Nadie me preguntó pero yo soy filosóficamente de derecha, políticamente anarquista, a los soldados los quiero avanzando con las piernas dentro del pantano y los disparos al aire. RRRRRRRRRRRR a darle a todo. La elite biempensante lee a Genet porque está bien fallecido, recuerdan a Céline y visitan su casa de campo como mausoleo porque terminó pobre, y a Kerouac pero a ese no lo aguantarían ni un solo segundo, Malcolm Lowry, lo echarían a patadas al tan adulado, desde la mirilla lo olerían y no le abrirían la puerta en una cena de navidad ni bajo orden policial. El Wild Turkey doble mientras no haga estragos, ven documentales sobre nazis y visitan el Mémorial de la Shoah en honor a los seis millones porque están sucumbidos, la historia pasada de otro siglo, la historia mentira de los bebés y los cráneos de las madres en primera línea de la fosa para ahorrar balas. Desdeñan el antisemitismo de hoy con los *Juden* en los negocios de St. Honoré y los tributos a los esclavos y qué mierda la esclavitud, los negros limpiando sus reposeras con la otra mano disponible. No existe la compasión como no existe la clandestinidad. Se lincha a un inmigrante de diez porque robó, lo linchan entre todos, causa común, justicia del patrón. Se apedrea, se lapida, se soba, se sodomiza. Pero eso no es lo que quiero decir. Los europeos de este nuevo siglo cómo agradecen, cómo usan de bien la fórmula, doblan lento en las curvas, se respeta la velocidad máxima y se susurra en los camarotes estos ecológicos y austeros son más basuras que los otros inadaptados sin papeles. Son más avaros que las otras razas dejando

cáscaras de bananas en los pisos de las *Aires d'autoroute*. Y los israelitas aburguesados que callan cuando hay que callar. Pero eso no es lo que quiero decir en absoluto, perdón, hablar es una cuestión de rigor, hay que reprimir, hay que guardarse, hay que ajustar el cinto de las palabras, gobernar el timón, seleccionar lo que se piensa y tener el coraje de descartar cada palabra que no sea justa.

Dentro de poco vendrá el despido, el camión del correo estaciona con el motor encendido en mi puerta y no habrá más que ir a buscar el sobre con las palabras obscenas; Estimado señor, dos puntos. Me leerán el pedido formal de quitar mi puesto y me quedaré otros diez días más empollando en la mecedora hasta ser un anciano. Me resisto a terminar en ronda en un geriátrico de la periferia moviendo las manos. A la derecha, a la izquierda. A la izquierda el pasito, a la derecha. Levanto las cajas con botellas de alcohol, las dejan en mi puerta, camino hasta los basureros y a medida que avanzo a paso lento un perro detrás de una reja me ladra como si fuera un raptor, otro viene a averiguar mis olores, la caja gotea coñac sobre mi calzado y mi pantalón de corderoy. Vecinos adictos, si quieren ingerir desinfectante de la mañana hasta la noche, si quieren despertarse con la mano embutida en la ampolla que después se meten en el ano, que no las dejen en la puerta de mi casa. Tiro por las mañanas una a una las botellas por el agujero de plástico, las manos sucias y la vuelta con un dedo cortado y pestilente. Ida y vuelta tres viajes y mañana volverán a dejarme las cajas en la tranquera. De la garganta para afuera es todo tan vicioso pasados los setenta cuando el balde con tu excreción te cae, te dicen aquí estamos, abuelito, aquí está la sociedad ilustrada para ayudarte porque te amamos, con esa voz suave caes en el ahogo de que alguien más te pueda escuchar, el otro ofreciendo al veterano un buen plan financiero para el asilo, un préstamo, porque te aman, eso sí, porque te respetan, abuelo. Me lavo las manos en mi memoria y enciendo la luz por primera vez en todo el día. Me importan un comino los rezagados, mejor pasarse de la raya que quedarse corto, mejor ser colgado de las bolas y si resisto paran, y si no, al río. La delegación de Francia regida por Louis Aragon prefería a Stalin antes que a Proust, la delegación aprueba y elogia el gulag públicamente. Estoy dispuesto a morir por Stalin, si tuviéramos que darle nuestros pulmones, le daríamos nuestros pulmones. La hija diciendo si mi papá me quiere, no me importa que

me odie el resto del mundo. Elegir la víctima, preparar el golpe, satisfacer una venganza e irse a dormir. Stalin formula el odio mejor que nadie, el Camarada lo inventa para su siglo, ¡gracias, camarada! Ya estoy en mi escritorio de pupilo. Afuera los vecinos hacen uso de su creatividad a favor y en contra. Los que me odian a un lado de la zanja, los que creen en mi inocencia, al otro y entre ellos la lucha campal.

Todo amor es un crimen pero cómo podría vivir sin eso. La niebla volvió. Era lo único que quería, una vida envejeciendo a la par y ella admirándome. A veces pienso que cuando estaba adentro en el medio de una noche ella querría abrirse rápido, abrirse la vagina de un tiro para conocerme, para ceñirme, para abortarme. ¿Alguno fue molido con una roca filosa y seca una tarde cerca del claustro?, ¿alguien ahí afuera levitó como un monje sobre un colchón de resortes en un castillo del siglo xv?, ¿quién se animó a ponerse en cuatro las rodillas grabadas en la piedra caliza esperando a que lo monte un perro? Entonces no vivieron nada, lo que es peor que ser acusado por tu *village*, lo que es peor que ser incriminado y salir en los noticieros del municipio. Lo que es peor que ser un extranjero hasta en la lápida. Nos tirábamos en la nevisca y entrábamos a las capillas a pedir clemencia, la felicidad existía entonces como forma pura por una única vez.

Voy a decirles ahora lo que hay en mi corazón, no digan que estoy achispado. No soy Julio César, no soy el Maréchal Foch, no soy ni siquiera De Gaulle, estamos de acuerdo, pero tengo coraje. Ahora que bajó, como mengua una bandera el día de luto, la tarde sobre el cielo, ahora que me tropiezo voy a salir a dar de comer en la boca a mis cobayos, a mis cuatro zorros escondidos del otro lado de la reja. Se mantienen vigilantes, son zorros mejorados de su especie, ustedes siguen atrincherados. Voy a salir con mi cinturón de explosivos. Túrnense para gritar porque no se entiende nada, vayan de a poco en el odio, prueben a increparme de a uno, un mínimo de orden pido, primero los que me quieren ver colgado, después los que proclaman el principio de inocencia, que la Ley sentencie, ja. La vejez puede ser el más rutilante y precioso resarcimiento, mírenme si no. No estoy borracho, no estoy ni meado ni cagado, no se me sale el escroto, no tengo nada postizo y el pantalón tiene el

cierre en su lugar. La masa humana conjugada a su lucha por causas y reclamos sociales da una imagen exacta de la idiotez de la gente. Dejan sus papelititos en la carretera, acampan a la sombra de mis árboles, exigen justicia social con letreros y palabras floridas pero adentro del hogar son la peor lacra.

Salir en medio de la llovizna bol en mano con pan y otras sobras, leche perimida, restos de una masa, dando saltos sobre las baldosas para no patinar. Se ríen y aplauden cuando resbalo y caigo salvando el bol. Logro llegar a la tranquera enganchada con un alambre, dejo el bol en el pasto bilioso, los otros detrás con la boca tapada cortando la única calle del *village*. Esos de la rama dura no me vieron salir, si no saltarían la empalizada. Les tiro el menjunje en la boca a los cobayos en sus jaulas, no puedo vaciarles el humus insalubre, no puedo dejarlos corretear aunque se atrofien, a ver si algún policía de civil me los roba. A las gallinas les lanzo el grano desde lo alto, se vuelven locas tirándose arriba, se chocan entre ellas, pierden las alas, quedan tuertas con los parásitos a la vista. No me quedan más que tres salchichones para tirarles a mis zorritos, salten alto, así me gusta, qué guachos son, una salchicha cada uno, dije, una cada osobuco, y siempre está Glenn que se las arranca a los otros del hocico con una mordedura y los deja famélicos. No sé cómo hace para sacárselas mientras salivan, tendría que aprender de él. Si no electrificaba la verja las descogotaban a todas.

Los gritos siguen su curso como el ruido de una nave que se aplana, por menos un hombre despellejó la cabeza y el cuello de un cachorro de tres meses y lo tiró a la calle. Ya no podemos esperar, salí delincuente, para vos no hay mejor solución que el rifle sanitario. Llamamos a la policía. Pregúntenme bajito si puedo dormir, ¿podés dormir?, vengan a mi retiro a echar un vistazo a lo que soy, verán como no, ni después del somnífero del sexo. Darle duro al ganso y torrarse inconsciente, ni eso se puede. Delincuente, ya me voy acostumbrando a esa palabra. Deficiente, no, era delincuente. Recuerdo en la nieve una noche ponerme desnudo boca abajo para que un carro tirado por siberianos me alcance y esperar rogando, rezando en el tembleque. Pero enseguida despertar y copas emblanquecidas como molinos de hielo. Pero enseguida despertar y ser viejo. Ahora mojado y con hambre no puedo salir de

mi ratonera ni a ver las banderas de los triunfantes, ni a escuchar campanadas de algún entierro al que asiste toda la región. Morirse a los noventa, morirse después de una vida ordenada, sacar la basura, meter la basura, sacar la basura, pagar impuestos y dar de comer al gato. Se saludan amables y cruzan los brazos por detrás de la espalda en los entierros de provincia, en los de ciudad se usan anteojos negros. Nada es puro, es mi única conclusión hoy. Todo lo que corrí a ver qué había, todo lo que busqué afuera, lo que haché, lo que intenté abrir la puerta de los trenes aunque me rompieran la nariz y me dejaran inconsciente en el pasillo, todo lo que me saqué la ropa con los polizontes corriéndome en los pies de las localidades, todas las veces que simulé dormir, hallazgos en campo abierto entre faisanes, los sainetes, los escupitajos, tirarme de la cama, trozar las cuerdas vocales, arrodillarme frente a los altares de otros, mi Coronel, plegarme a los valores de otros, todos los proverbios, todas las proezas en ambulancia, los miles de kilómetros de las forzadas cogidas escabrosas, las balas entre las patas y en el abdomen, la arena con los desatados, toda esa infidelidad que se acumula como grasa debajo del pavo en el Día de Acción de Gracias, todas las aventuras soñadas, todo en lo que me di, la corona rodando tan alto, toda esa promesa que el mundo me hizo era farsa.

Sentados en la mesa papá levantó la copa después del rezo y preguntó a mamá si sabía dónde estaba el clítoris. Bajamos la cabeza pensando que era algo malo, indecente o una enfermedad como la difteria, el tifus o pie de trinchera. Nos acordamos de ese vecino cuyo sueño era ser aviador y terminó con los dos pies amputados. Algo que tenía que ser de ellos los adultos. Después trajo un papel y un lápiz y le hizo dibujar a mamá dónde estaba el clítoris. Mamá no sabía, titubeaba, dijo, escrupulosa, por acá, por acá, por dónde, decía papá, dónde crees que está, y mamá mostró toda la zona del pubis. Papá la besó en la frente y en el pelo, risueño, sos tan tonta, tan judía, tan bobalicona. Nosotros no entendíamos nada y eso a los padres les gusta, los hijos a merced de ellos, los hijos donaciones, los hijos subvenciones, los hijos un acto de caridad. Los hijos repitiendo que la Torre Eiffel queda en China o que vivimos trescientos años, los hijos ventrílocuos de papá y mamá.

No puedo ver el aire pesando, allá lejos se divisan los tuertos. Voy a regalarles algo más desde el colchón. Ustedes los europeos son avaros por eso siempre fueron a la guerra porque no transan, no te ponen en el campo más profundo un mosquetero ni que las moscas te liquiden, son negadores, las Kaláshnikovs y granadas en las playas de Niza y Cannes y los críos debajo de los camiones y velitas. Estoy seguro de que esta tierra, ardor sin duración con tan pocos latidos me trajo hasta acá, aunque uno nunca termina de saber qué lo condujo. El rezagado del pueblo, el vendedor de *crack* del *village*, te lleva de la mano, te lleva para un lado y otro en zigzag, te mete adentro, te hace bailar en un bistrot y uno lo sigue tirado por un piolín. Mi vecino quería vivir sus últimos años en una cabaña instalada en su terreno privado frente al estanque y los panales de abejas, midió matemáticamente la tierra, los niveles, la presión atmosférica, calculó las inundaciones, hizo llamar a cartógrafos, buscó la mejor madera ecológica, pidió un crédito al banco, calculó los intereses, esperó con paciencia un invierno, y dos, hasta que fuera lo suficientemente cálido y la madera estuviera óptima para emprender la obra, y días después se colgó frente a su cabaña inaugurada. La prefectura informa a la familia, la mujer llega desafortunada, habían puesto cintas sobre las hojas y el barranco, estaba colgado ahí, pero cubierto. Una de las hijas se desmaya pero nadie la ve, el único hijo varón con las botas de caucho mira los pies ejecutados del padre balancearse con la racha helada como en un pequeño e íntimo vals. Los copos sobre el aire. ¡No es él, no es él!, grita la viuda. ¡No es ese el cadáver! Es un error, ¿cómo saben que es él? Destápenle la cara. Encuentran en la cabaña una nota: «Lo hice porque quise.»

Llevo diez días amurallado, al principio aseándome las axilas y rasurando la barba, al principio tirando mis desechos en bolsas y barriendo. Pero después la cera de las velas, las plumas grises de los gansos en los platos, la escarcha en los rincones y los tazones marcados de sebo de té. Ya no quiero ni un rumor dentro de mi casa, no quiero indicarles que fumo, que doy varios pasos hasta el fregadero, en qué pieza me muevo, si todavía hay latidos y presión sanguínea. Cada tanto un indigente alienta al resto y tiran piedras, atrás se acumulan como regalos de navidad las piedras que quisieron derribarme.

Ni un solo rastro de judíos excepto donde hay una placa conmemorativa indicando una fosa común o un muro. Un restaurante askenazí ofreciendo arenques marinados es todo lo que se me ofrece en la región. En resumen, caricatura. Esta choza, la única sinagoga en pie entre campiñas. Escribir como desde una ciudad provincial, Vilna, la Jerusalén de Lituania. Por la noche los pavimentos resbaladizos, la nevisca sucia empujada a los lados, las fachadas resplandecidas, realmente amargo este cementerio judío, ciudad avergonzada de Europa. En mi infancia la alarma cesa pero no se mueve nadie, nadie quiere salir agotado de tener que volver a entrar en fila a la sirena siguiente. Mamá ya dormía con mis hermanos en las tetas y las aureolas, yo aspiraba el vino fermentado. Papá siempre aprovechaba los bombardeos para coquetear. Yo los miraba y trataba de succionar algo. La noche era clara a pesar de todo, prometedora, yo me juraba salir a abatirlos ni bien fuera un hombre. ¿Ya soy un hombre, papá?, preguntaba. Ahora la noche es puro respirar agitado siempre dentro de una bufanda o una seda en la boca. Pero no estoy en Lituania sino en esta pocilga, los judíos gobiernan los medios, hagan reír, los gobiernan desde las cloacas. Espero una luz en el medio de la carretera como un ovni. La tierra estará regada cuando asome el crepúsculo, ya huelo la granizada que viene del soto, la impresión de caminar sobre islas flotantes como una angustia que no se va nunca. Debemos deshacernos de todo. Ya está hecho, me digo. Dejar de zumbiar, tapar los huecos, mirar arriba con las manos mauritanas ahora qué mi dios, sufrir como ellos. Comienza con palabras el envejecimiento, diminutivos, sobrenombres, lástima, termina en escupidos, roturas de cadera, caídas. Estoy dispuesto a cometer un ataque, a explotar el domo, eso decía papá toqueteando muslos y caderas de sobrevivientes con algo de piel, lo que era muy infrecuente, ninguna de ellas tenía sus reglas ni usaba ropa interior, pero igual las buscaba para acariciar algo, un resto de teta, algo que quedara de alguna curva, un esternón con forma de mujer. Estoy listo, hijo, decía, pero después ni una granada, ni una toma de asalto, el que no tiene la visión de su sangre hasta las rodillas, pobre de él.

Mamá manejaba el Fiat 500 Topolino cuando empezamos a ir, muy tarde, a la escuela. Yo ya no me llamaba con mi nombre sino con uno más corto y neutro. Nos llevaba a los cuatro en el asiento de atrás y el más chico no bajaba. Yo casi siempre tenía los zapatos al revés, mientras subía la escalera

me iba cambiando el izquierdo por el derecho pero a veces mi otro zapato lo tenía puesto mi hermano y tenía que hacerle señas por la ventana del aula o tirarle con algo para que viniera a cambiarlo. A la salida, después del pan con leche azucarada no estaba y teníamos que esperar en la esquina dentro de una quesería, el dueño al principio nos quería y yo creo que llegó a odiarnos, nos decía que fuéramos a la vereda, que le espantábamos los clientes o le manoseábamos la mercadería. Cuando mamá llegaba nos subíamos al auto sin hablar y el viaje de regreso solo mirábamos encogidos hacia afuera. El más chiquito con flema. Había pasado el día dentro del auto mientras ella espiaba a papá en una galería con negocios de sastres y modistas. Desde afuera se veía el dorado de los vitrales. Ella estacionaba el auto justo a la entrada y sin bajar la ventanilla comía con la mirada el interior, mi hermano embotado jugaba con el cordón de su zapato, lloraba y después balbuceaba y se dormía otra vez.

Adentro te van a coger, ¿sabés?, preparalo mojadito. Va con megáfono. Afuera somos civilizados y respetamos tu propiedad privada pero adentro te van a, ni te decimos, vas a ver. A los de tu raza hay que castrarlos no con químicos, con una sierra, es la única solución. Seguro intentás quedar libre por falta de pruebas. Te escondés y te hacés pasar por mórbido para que te bajen años, te dejás la barba blanca, acá nadie cree lo que ve. Hombres así no se curan ni siquiera si les cortan la punta, siguen hasta con las garzas, van y les dan a los bambis recién nacidos, a las avestruces en los nidos, a los dementes que andan sueltos del otro lado del río y los médanos, lo que hay que hacer es ponerlos contra un tabique y echarles picante. Los intelectuales insaciables deberían vivir entre ustedes. Pobres madres, lo que les hicieron a sus hijos, ¿imaginás a veces el sufrimiento de esos bebés? Otros me dan aliento, me reconfortan creyendo en mi normalidad y mi simpatía, me traen comida casera y me la dejan en platitos de futuro convicto al otro lado de mi puerta, se largan las apuestas a ver cuánto aguanto. Sacan fotos, me graban, me visto con sombreros y polleras acampanadas para marearlos. Olé olé, salto la ligustrina olé. Se va a pudrir, dicen unos, va a saltar por el techo como los niños en los establos quemados por los agentes, dicen otros.

Señor, señor, los nudillos contra el vidrio, señor, somos de la Cámara del

Crimen, venimos a informarle su situación. Quiero llegar vivo al juicio para defenderme. Tengo miedo de morirme en este momento por todos los problemas de salud que tengo. No tengo atención inmediata, acá en el país de la igualdad. Abra ahora mismo. Estaba durmiendo por fin, dormir es el alivio mayor, todo es borroso y nuevo, sueño con hierba crecida entre las costillas de los judíos, a veces de tan alta tapa sus huesos, las aldeas sobrenaturales durante los bombardeos y los pabellones cayendo uno a uno en oleajes fluorescentes, las madres tiradas buscando a sus bebés mientras pierden los sentidos. Salgan de acá. No pueden meterse por la ventana ni forzar los picaportes, qué hora es. Estoy enfermo, duermo en mi propiedad, yo pagué este pedazo de granja, es mío, me interno, mejoro, regreso, estoy atacado en el sistema inmunológico, qué hora es. Tenemos que informarle su situación. Ustedes a los pacientes oncológicos no los tratan así, más bien les decoran la pieza y les ponen música, vienen los actores célebres de Hollywood disfrazados de piratas, el cáncer la enfermedad elegida por el mercado. Señor, si no colabora vamos a dar la orden de romper los vidrios. ¿La hora? Porque hasta para esto hay horas que respetar. Son casi las cinco de la madrugada y tenemos que leerle sus derechos, no queremos forzar la entrada. Léanlos desde afuera. Por favor, señor, colabore. No me hagan llamar a la policía, es muy temprano. Somos nosotros la policía. Estoy teniendo pesadillas recurrentes sentado en la cama con sudor como los vacunos cuando intuyen todo, no quiero montar un panegírico. Uno de nuestros oficiales está sobre la azotea apuntándolo, vístase y salga, no lleguemos a la violencia. No pueden irrumpir en una finca privada en medio de la noche. A ver si entiende y se viste que se acumula gente. Estoy en mi claustro. Todo el municipio está de pie un domingo con las criaturas, ¿oye los llantos?, ¿ve la cólera de la gente? Hace cero grados. Vamos a tener que entrar. La Ley es idiota en todos lados, por eso yo siempre fui un discriminador. Freud también era así, el que marca el siglo XX no es ni Marx ni Nietzsche, saben eso, ¿no? ¿Piensan en eso a menudo acá? Hay que reprimirse, si ustedes ahora mismo reprimieran su fiereza, esa gente necesitada estaría hirviendo la leche de ovino. Vamos a tener que romper las ventanas, señor, dejo constancia de que no queríamos. Ustedes también podrían haber tenido otra vida, no solo yo en calzón y con este aliento, ustedes podrían haber sido Eric Hobsbawm, Louis Pasteur y salvarles la vida a millones de millones, a los científicos que nacerán más adelante, en vez de estar en posición de inodoro detrás de esta puerta en lo profundo de la Nación.

Salga ahora o la derribamos, tenemos que leerle sus derechos, por última vez. Son ustedes los criminales, que conste, se los digo, porque si no, no habría guerras, no dirán que soy el que inició las ofensivas en este continente. Todos están libres y yo con orden de captura, hay que ser un idiota para hacer eso de lo que me acusan, hay que ser idiota, no pueden sacarme con carabineros semidormidos, qué van a hacer, ¿a cada llamado los van a meter presos a todos? Vayan a los corrales, está lleno de esos que buscan. Si es tan inteligente colabore, solo le pedimos que salga. ¡Abajo, abajo! ¡Entren, mierdas! Destrozos masivos, patadas, loas y alaridos, armas reglamentarias, las dos manos detrás de la nuca. Empieza la función. La culpa es colectiva. O la asumimos todos al unísono en un coro de escuela o la negamos en bloque. Yo soy el principal responsable, si tienen deseos de acusarme, pero ustedes y esos que me incriminan no asumen su responsabilidad porque si aceptan eso, si aceptan que sus hijos ahora con pañales sobre sus regazos y los otros en la escuela ya son criminales, no podrían dormir, no hoy, nunca. Yo se lo confirmo mientras derriban mi antena parabólica, se lo confirmo a sus agentes de seguridad, se lo confirmo a esta aldea y a la otra, sus hijos son criminales.

No me corran, dejen todos esos papeles, por qué desarman mi colchón, qué cosa investigan adentro de la gomaespuma, si fuera mujer encontrarían excusas, con eso de las mujeres y los niños primero nos aplastan. Y largo una piña al aire pero tan débil, tan tosca que no llega a romperle la mandíbula al chico que hace de gendarme. Me duelen los nudillos, tengo los anteojos rasgados, gateo, no hurguen en mis documentos, en los libros que no publicaron. Ellos son los que tienen que probar que yo me equivoqué y no yo que tengo razón. Ya estuve recluido, nos habían robado todo, cuando volvimos en carreta a mi casa desde lejos mis hermanos señalaban el humo, ni siquiera estaba la cuna en la que habíamos empezado a vivir, ni un solo animal con tronco. Revolver escombros me parecía lo más natural, el que encontraba algo ganaba el aprecio del resto y dormía entre las tropicales y velludas piernas de mamá, tan altiva en su belleza nerviosa, el que encontraba algo tomaba los últimos restos de su nata aguada. Después tuvimos que irnos a echar sobre el forraje. El mundo es materialista y explica mal las cosas, yo me sacrifico como cuando me tiré arriba de ese coyote y evité amputaciones, pero todo el mundo opina ahora por lo bajo uy, se volvió alcohólico, uy, se volvió un viejo

anómalo, no importa, un poco de arena borra todo, Francia con Luis XIV era el centro del universo, Luis se enfermaba y temblaba el mundo, eran veinticinco millones de franceses, ahora no pasa nada si calcinan toda Francia en una noche de terrorismo exaltado. No me empujen, las manos detrás del cogote, no me palpen, no van a encontrar estupefacientes ni impudicia. No van a poder plantar una bolsa con cuchillos, no van a encontrar ni un ápice de sexo.

Me sacan con los pies en la espuma helada, afuera los detractores victoriosos con el puño en alto y dos o tres gordas con los chicos en los hombros. Me meten en un blindado, me escoltan con la policía provinciana. Arranca, mi casa expoliada con una cinta perimetral, aquí vivió. En la vejez no queda nadie. Soy hijo de una colisión, si al menos mamá o papá pudieran venir a ver mi futuro enrejado. Chasqueás los dedos y nadie. Ni terrenos escritos y asignados por notarios en herencias, ni cartas para romper, ni casonas desertadas que visitar, ni largos pasillos, ni bicicletas oxidadas al lado de un tractor. No queda nadie que haya vivido acá. Nada por ver, no más fotos, nadie a quien dar visita en cuidados paliativos, nadie ni siquiera para descubrir algún secreto detrás de las paredes de piedra blanca, con quién se acostaba papá mientras mamá tiraba ceniza sobre la cuna, con quién deliraba mamá mientras me paría una mañana seca en la rotonda, nadie ni para escupir en las losas saqueadas del pueblo vecino. Me veo en una caminata por la noche a un pozo de agua, me veo llorar a cada paso, me veo un águila calva bajo el aguacero.

Agradecé que estás vivo.

No, yo no estoy vivo.

Te estamos viendo acá.

Eso es un preconceito de ustedes.

Te estamos viendo acá delante en tus calzones.

Lo que ustedes ven es un fantasma.

Callate, fantasma.

No escucho música, no leo diarios, vivo en una especie de caverna. Si ahora entra un pitbull y les desfigura la cara ¿tengo también la culpa yo? El pitbull salió de esa puerta y simplemente los desfiguró a mordiscazos, yo no tengo nada que ver, no fui yo el que le abrió la mandíbula, el que lo incitó, ni el que parió al perro. Estoy acá en esta prisión preventiva en el fondo del agujero tan lejos de la ciudad buscando un destello que nunca puedo alcanzar. Me cargan el mote de pederasta, de islamofóbico, de evasor fiscal. Ellos mismos son los que veneran a los que provocan derrumbes para ver las ejecuciones, ellos son los que van a las corridas de toros y agarran a jovencitas por el coño.

No voy a entender nunca por qué la gente no usa la guillotina. Yo podría haber matado sin problema, matado un hombre de treinta años que se asomara a mi ventana, que chistara desde la casa vecina o se hiciera el tonto haciendo equilibrio en mi tranquera. Los niños todavía son armónicos y los viejos no existen, basta soplarles la nuca y están bajo tierra, pero uno desde los quince hasta los cincuenta podría terminar delante de mis ojos sin que se me mueva un pelo, pero son hipótesis y no actos, es toda la diferencia, no puedo ser acusado por una hipótesis. Los burgueses agonizando no me dan lástima, estaban ahí un viernes tomando cerveza y bailando death metal delante de las Kaláshnikovs en el lugar y en el momento justo. Yo trabajo para el campo del mal, para dividir mi cabeza contra la pared. ¿Quién sos para sentirte bien? Para sonreír por la mañana. La vejez se acerca y me amenaza. ¿Viví? Ahora mismo soy como una embarazada con la placenta en riesgo. Hoy las vi por las rejas, no hice otra cosa que verlas, las salamandras tienen como destino ser aplastadas al cruzar la carretera en busca de sus pequeños. Los engendran, los paren, mientras consiguen comida a la vera del camino los hijos se les van del ratio y al cruzar la carretera para encontrarlos son aplastadas dejando los bebés solos al otro lado. Siempre la carroña poscrimen hace el resto. El que levanta la cerveza y brinda la copa en sangre. No tengo nada que decirles a ellos, señora jueza. No tengo nada que decirles, señora madame, no hace falta defenderme

ni desperdiciar oratoria sin haber hecho nada en lo fáctico, soy peor extranjero que los harapientos de la Little Africa, y peor padre que Josef Fritzl poniendo en el horno el bebé y simplemente quemándolo, ya me conozco todo de memoria, pero no hice nada, así que ni esperen que me largue a llorar.

Primer día de aislamiento penitenciario. Buscan que haya secuelas y las habrá. Fui demolido desde el inicio, desde siempre un leve soplo me empuja hacia abajo. Los hombres fornican, cometen pecado, roban trigo y salivan cuando aprenden a usar sus escopetas. Las suelas de los zapatos de las gordas con sus caninos atados al culo y al dulce. Las mejores obras fueron imaginadas en siglos sin infancia ni sexo, ahí nadie sabía quién era el padre ni si había tenido un hijo, se paría en la inmundicia, las piernas arqueadas como jinetes. Se comía y se moría en la más estricta roña, no había edad ni bien mayor que errar. Sin destinos altos ni haberes. Mear, dormir, eyacular. Darle a alguna gallina sobre la tabla de madera. Y mirar la luna. Al hombre de hoy no lo pueden despertar ni a leñazos, el hombre de hoy con armas sofisticadas y sin saber apuntar, qué broma densa, los chicos americanos al mando embadurnando las aulas con regueros de sangre. Las palabras que me oyen decir vienen de otro, hablamos y sucumbimos sin haber dicho si sigo así no llego a la edad de mis padres.

Abran, tengo el corazón fuera de control, te suplico después de tanto tiempo. Espero ser dado de baja con el arma de tu gusto. Puede ser falsa, apoyela sobre la mesa, sin balas, y gatillá, voy a caer igual. Desayuno frente al puerto de Dunkerque, *bacon*, huevos, el té, el paisaje, ya sabés, la gente busca paisaje, la gente busca músicas, torres a las que subir. Torres desde las que lanzarse directo a los cementerios. Los cuervos al alba cantan el humor de mi alma pútrida. Lloro, lloro, duermo con los zapatos en la mano como cuando tenía que bailar dando brincos en el salón para que papá y mamá dejaran de pelear. Para que dejaran de lanzarse injurias que no entendía. Estoy alistado para llorar una guerra y dos. Sigo estando vivo porque no tengo el coraje de impedirlo, después de que te requisen, sacar el bisturí y liquidarme. O dejarme acá, como las noches en las que finalmente papá te convencía a bastonazos en el cobertizo y había que escuchar los gemidos de mis

progenitores. El espanto infantil. Acabo de enterarme por la radio del penitenciario de una carnicería en un hospital, llueven cuerpos en forma de diablo, cadáveres chiquillos, águilas cayendo del nido en tono elegíaco. Entraron y masacraron a cortes de machete arrasando los seis pisos con bebés enrollados a punto de asomar. El hombre pasmoso, inconcebible, antro, tártaro, réquiem. Enternecedor el mundo en la guerra del catorce, como consuelo les abrían las cabezas y cortaban los miembros. El único resguardo es un alud colgado de una arada reseca. Mil botellas cubos cisternas de tu líquido.

Apareció papá con bigote, hacía semanas o eran meses que no lo veía cuando asomó en la puerta de la pieza de Belleville donde vivíamos desde que llegamos a la ciudad. Al principio creo que ninguno lo reconoció, los menores se escondieron y yo me quedé mirándolo como se mira a un hombre que viene a afilar cuchillos o vender repasadores. Papá nos saludó y fue a buscarla. Ahí empezaron los chillidos, todos los otros se esfumaron pero yo me quedé. Mamá no quería que él la tocara, recuerdo que lo esquivaba, recuerdo aunque no entendía qué era huir de unas manos, por qué se zafaba de sus brazos, el cuerpo del padre morrudo abalanzado. ¿Qué alternativa tengo?, decía mamá, ¿qué alternativa me das? y cruzaba los brazos pero después él quería irse y ella se sujetaba. No solo ellos se estaban apuntando, los menores debajo de la única cama, los menores en fila, las caras de los ahora caídos por orden.

Persiste el aislamiento, imposible saber cuántos días llevo. La tortura es el método más eficaz y universalmente aceptado, eso no lo discute nadie. En esta vida se paga y en la próxima también, te van a violar, decapitar y descuartizar a la espera de tu captura. No es nada más que el código de ética de los reos, nosotros impartimos correctivos, la venganza es la única forma de castigo que tenemos, ¿sabés? Abrirte los puntos de sutura y violarte de nuevo, tu ano manchado, los reclusos aplicamos nuestra ley, nuestra condena no como venganza, como justicia. Vas a ir al hospital, te van a cerrar los puntos y vamos a entrar a la enfermería, sacarte y volver a abrírtelos una y otra vez. Qué te pasa en la cabeza, la tocaste, le diste tu cariño morboso, te gustó más porque era negra, te ensañaste porque era negra, el europeo educado y selecto

al que le brota de pronto toda la violencia aria, para eso existe la masturbación. Entrás en tu cueva y te la das. ¿Tenés todavía su gustito? Pero no le hablen así al nuevo recluso. ¿Cómo carajos quieren que le hablemos al bastardo? Y la policía tocándose los huevos. Al viejo este lo debieron haber molido allí mismo en su casa y meterle un palo hasta que goteara a ver si le gusta. Este viejo piensa que las niñas de color son una donación. Qué desgraciado no es padre no es hombre, es verdugo sin valores, no tiene temor, es parásito. Castigo con castigo se paga. Vamos a hacer como en esos parajes donde la fiesta local consiste en colgar con una soga perritos entre dos palos y después de hacerlos girar a toda velocidad cortar la soga dejándolos caer al agua.

Este niño parece que va a salir de un huevo de un momento a otro, como un tiburón este niño es un niño ovíparo. Así nací, del huevo de mi mamá, sacado por las garras de él. Recuerdo cuando nos desvestíamos juntos con papá en los gimnasios, su cuerpo tan grande, el mío tan nulo, él siempre limpiándome, enseñándome a vestirme, tirando de la ropa, subiendo las medias, él siempre enseñándome a esquiar sin nieve. Una sola vez nos fuimos a las manos, él trataba de hocicar a mamá y ella le corría la cara y yo me le lancé y él casi me clava.

Cerrar los ojos y estar en shock, no sentir, el cuerpo no es mío, al que insultan no es a mí. Me dicen facho. De extrema derecha, terrorista. Carteles con mi cara y pintadas ahora dentro. Y para todos los que se ríen porque digo que hay que salir a pegar un tiro, yo saldría a defender la República, no la democracia agravada, ese fraude. Matarlos a todos para hacerles un bien, odiarlos, pero odiarlos justamente. Matarlos para defenderlos de ellos mismos, el buque se hunde y arrastra en un círculo de descontrol el remolino de algas. Detesto la masividad y esos caseríos perdidos en rutas secas de arroyos punteados, estamos invadidos, el cosmopolitismo gana, la invasión es larga, la grosería grandiosa, son libres nos dicen, son libres se nos grita, sean libres. Gente adentro de las salas de espera y los restaurantes de las zonas industriales. Cosas, cuerpos, cuchicheos. Los latinos monos danzantes con tetas y culos. Yo, yo, yo. Y todo el mundo es igual en un sistema que exalta la

diferencia. La verdadera música está muerta. Miren los salones, entren y prueben con su dedo índice. Reserven entradas en los conciertos y escuchen esa mentira repiqueteando en las paredes.

Yo devine un showroom de suplicios amorosos. Un adolescente dándose la puñeta y mirando con el rabillo para que no lo pesquen los mayores. Un espía sin nadie a quien acorralar. Yo devine un hombre de cabeza trasplantada. Un párvulo con flores buscando el sepulcro. Saldré algún día de acá con las manos como una evidencia límpida y la carcoma bien alta. Después del abandono de mis padres el exconvicto que seré escribirá en su diario de delincuente; fuiste mi raza, mis espinas negras, sin pernoctar siempre, no durmiendo nunca, mi única súplica amorosa. Mi tarde oscurecida. Estoy atontado, no hay ilusión de que me escriban ni de recibir visita. De noche el hombre es tan endeble que desfallece en los empedrados del monte sin haber visto, a metros de ver, bajo las campanadas, resbalarse, desplomarse frente a la única torre en pie de las seis. Antes del desmoronamiento final de las arañas aristocráticas, antes del derribo del cuadro de Courbet ametrallado, la policía y los presentes trocados. No puedo ni sentir piedad. Nervio seccionado el brazo derecho, fractura abierta con los nudillos de la mano afectados, muchos impactos y cicatrices en las piernas, una bala sigue en mi muslo y la mandíbula destruida por un disparo detrás de la oreja. Sin embargo seguiré en pie, implorante. El castillo reaparecido cae hacia la colina. Castillo invisible. Castillo imaginario. El mundo vuelto decorado lunar.

Cómo lloriquea el nuevo confinado, habría que llevarlo arrastrado con una soga hasta la iglesia. Yo recuerdo eso, chicos de mi edad disfrazados de cristianos en los hombros de sus padres en las capillas. Perdón, no debería haberme cagado encima. No debería usarlos de público además, cualquiera que tenga modales lo sabe. Eso me lo enseñó mamá, mal mal veo que me dice ella y vuelve a su televisor. Algunos padres solo quieren a sus hijos cuando son infantes y todavía mantienen alguna ilusión de que serán alguien, que los podrán salvar, sacar del fango, cuando se dan cuenta de que eso no va a pasar, pierden todo interés, incluso los odian por el tiempo que invirtieron durante cuarenta, cincuenta, en el peor de los casos, sesenta años. Estoy seguro de que

uno de los dos saca la calculadora y hace cuentas rápidas de lo que le costó. Estoy seguro de que si pudieran, si hubieran tenido la posibilidad, si nadie los hubiera vigilado, si no constara en ningún informe, si no hubiera papeleo, los tirarían de la ventanilla al vacío rocoso o los depositarían en esos cajones modernos y calientes. Miren, no me quiero poner a llorar en mi tercera noche de rehén. Ya no tengo nada que conquistar. No soy un paria. Hablo en femenino si quieren acá en los claroscuros y brumosos pasajes soviéticos. Todavía meo de parado pero por poco tiempo eh. Y papá alentando a que vaya al frente aunque él haya sido un desertor. Los que me rodean fueron necios y comodones, tengo fobia a los paseos en barco y al agua, al oleaje, a lo formado en los escarceos. Veo lo que hay debajo de la arena mojada cuando las aguas vivas me sorbían. Miedo a las atragantadas en continuo bajo el agua sin oxígeno, a las babosas saladas. Un montón de tibios en mal estado me aconsejarán pasar la página para olvidar. Vamos, no puede ser tan duro estar en prisión, me recomendarían, vamos, a no hundirse en la amargura, vamos, a asumir que los otros tienen razón, vamos, a recomponerse. Sin escuchar la violencia de los que antes me erigían un monumento como el profesor de la región. Como el ilustrado de la zona. Como el consejero de familias y deprimidos. La traición de la mediocre burguesía campestre ahora replicada en las zonas marginales, pero es igual. No hablo de ustedes, mis enemigos declarados, ustedes me refuerzan y eso se los agradezco, hablo de la traición de mis amigos, de los que canjean su conciencia atribulada haciéndome un homenaje, de los que ahora festejan del otro lado de las rejas. Faltaría que me organicen una fiesta para mi éxodo. Seguro van a ofrecerme la medalla de mérito, el deshonor absoluto de las medallas de mérito.

Otro día punitivo, nadie me dice si esto es legal en el país de las leyes. Los que están fuera del mundo son personas afortunadas, ¿por qué no esperan a que entienda el niño?, ¿por qué hacen eso con un varón?, ¿por qué destruyen a un recién nacido con granadas? El garrote bien en alto y el baladro y los testículos por encima. Veo palos reglamentarios, intifadas, bombas irritantes, corruptor de menores, no sé si miré, no traté de mirar, no quise mirar nada, se desvían los ojos, les juro, y salgo al pique. Me corren, me parece, miro para atrás, me corretean, estoy trepando. No me importan nada los casos pero leo carteles, se da vuelta la campana. Asesino. Por supuesto que yo no me siento

culpable y si me odian y piensan que soy un asesino tienen razón porque tengo el gen. Correteo. Troto. Soy un potrillo. Voy detrás de la Historia emplumando las llamaradas. Yo acepto toda la culpa si eso me dictan, se ve a la legua que estoy mal parado. Me fui deteriorando, así el ciclo natural de la vida. Yo soy el responsable absoluto. Ciérrenle la boca al nuevo, cósanle la boca.

Empecé a tartamudear a los cuatro años cuando una mañana en la cocina mientras veíamos una mariposa revolotear afuera abriste la ventana y la sujetaste con los dedos como pinzas. La mariposa daba vueltas por mis ojos, por la leche, yo tenía miedo de tragármela, vos reías y me pedías que me hiciera hombre y la tomara de las alas. Yo no veía nada en el agite, vos me decías ahora, ahora, y la agarré, rompiendo una de las alas. La mariposa quedó en la mesa por la mitad. Vos te enojaste y la lapidaste con el puño. En ese desayuno empecé a tartamudear.

Una visita para mí. Lo miro sentado en la cama, la barba rasposa y blanca hasta la nuez. Las bolsas de los ojos como rajadas. Para mí, pregunto, y mi pesadez enerva, para mí una visita, pregunto otra vez como lentito. Sí, y me sacan a los manotazos, de atrás me van dando para que camine, camine, abuelo, camine, arre, camine. En el salón comedor del penitenciario mesas en fila, cabecitas, unos frente a otros, testosterona en estado bruto, como un producto regional que los turistas ven y no llevan. Me sientan y me dejan ahí, las manos cruzadas. La puerta se abre y escoltada por dos de torso grande entra una mujer a la que nunca vi. La señora se me acerca temblando. Nos indican el tiempo que tenemos. Y se quedan ahí pero como si no oyeran ni vieran nada, como embalsamados o guardias de la corona. La miré entera, me pareció que en esa cara había pasado una calamidad, un día se levanta y va a encender la garrafa para darse un baño caliente y el calefón falla y explota. A partir de ese día debe llevar la cara como escudo. Los hombres que antes la correteaban le huyen con la boca abierta. La mujer me mira e intenta tocar mi mano, después, entrelazarla. No sé quién es, no tengo la más mínima idea de quién es, qué hace ahí, por qué vino a verme. Trato de descubrirlo sin que se note que es una desconocida. Ella parece fascinada conmigo, quiere tocarme, quiere mi firma, un trazo de mi camisa, olerme el pelo crecido en cautiverio.

Le parece que estando en prisión le pertenezco y debemos pedir una visita higiénica. Antes de que pueda sacar provecho de la situación la llevan del comedor y no vuelve a visitarme más.

Podría haber muerto tantas veces de cabeza en las piedras del Mont Saint-Michel. Podría haber muerto tantas veces en la habitación angosta con el atajo en llamas, altas y largas, como en siglos pasados todo eran restos de incendios. Todo iba muy rápido, sin tiempo para el alarido, solo el sonido de las municiones como estropicio de cascada. Esa vez en el Mont Saint-Michel, en donde sin poder unir dos palabras me tiré. Como toda víctima, siempre consciente, incapaz de escribir su nombre, apellido y fecha de nacimiento en un papel. La víctima incapaz de salir del choque. Se coloca en coma artificial y cae igual que cientos de otros en la noche de las contiendas de hospital. En las camillas de las iglesias con las monjas. Un paro cardíaco en lo alto de un teleférico en los Alpes. No me reconocen, solo mis pies. No soy nada, tampoco una estrella o un convicto. Nadie reconoce a nadie, vienen los padres, deletrean el apellido, los transportan a los armazones y frente a los muchos cuerpos no tienen la menor idea de quiénes son sus hijos así que gimen sobre el cuerpo de cualquiera, total, lo importante es llorar. Pero mis padres no vinieron, no me buscaron en las listas de combatientes. La noche da paso a la inocencia. Esta voz que sale de mi boca es desestabilizadora, no es tuya, no es de otro, no viene de mí. El herido se apropia de la calamidad en una habitación de hospital y rara vez sale, el día ritmado por el ruido de la maquinaria y las enfermeras de ballet.

¿Esto es normal en su jurisdicción, señora jueza? Hace ocho días que pido una trusa para cambiarme y me fue negada. Desde el viernes que me agacho para decir que necesito urgente una trusa y nada. Me sacan del camastro antes de la alarma a golpes metálicos y ladridos. Me conducen. Me traen al estrado así, procedo a sentarme, sí, desnudo, ni un taparrabos, mi señoría, aunque el banco esté frío. Pero veo que todos los reos, los policías, el personal, la prensa, todos están vestidos de la cintura para abajo. ¿Qué es eso, mi señoría? En mi fulminante caída gracias a una psicosis social, a una caza de brujas, saldrán los mártires como yo, me van a elogiar en uno, en tres siglos, pero

habrá que esperar y esperaré incluso en pelotas. Me siento, me dice que me siento y yo sentar me siento, pero si puedo tomar la palabra, si eso es posible, voy a lanzar a la tribuna que hay que animarse a pensar menos en el violador como un monstruo y más en el acusador como un experto ventrílocuo. Cada época lo define a su turno, por qué ahora la casta de elite son los criminales y estafadores financieros y lo peor es el violador, el pedófilo en especial, sí, sí, yo me callo ya mismo, me llamo al orden, ya veo que me tengo que callar, pero solo esto, ahora los designados abusadores merecen fosa común y no un estafador en la bolsa, y no un corrupto, un hombre que toca la pierna de una nena, mierda untada al zócalo, pero ojo mi señoría que no es Videla, o bien es un bruto, o bien es un tonto que no puede parar su miembro de una manera digna y tiene que frotarse en el último asiento del bus frente a un delantal con voladitos, no sé yo, bueno, me callo, no hace falta que me apunten los entrenados de elite desde las azoteas. Ahora el sexo desviado es el gran enemigo porque rechaza el sistema. Hacíamos caminatas nerviosas y teníamos una linda guerra juntos, hay que escribir contra la Historia, hay que hablar contra la Historia, contra los jueces que designan la Historia, hay que escribir todo al revés. La gente de la que uno no se imagina nada es capaz de cosas inimaginables y al revés, señora jueza, el amor más alto y perfecto nos deja solos. Perdón, abogados de oficio, voy a prescindir de los servicios que me ofrece gratis el Estado protector, se pueden imaginar, el Estado paternalista y apocado es mi adversario, el totalitarismo del mercado que nos grita desde bien entrada la mañana que seamos únicos, únicos, libres, libreees y acá nos ven, todos iguales, a veces el que parece pederasta de base es un necesitado, un ignorante, un ruinoso. Me callo, shhh, me llevan al vestíbulo para darme instrucciones de uso del habla, mi fracaso será anunciado en las campanadas a la hora de comer.

Me sientan en una camilla o camastro, no totalmente de estilo médico ni tan confortable como un lobby de un cuatro estrellas, me piden que me relaje, no que cierre los ojos pero que me deje ir. Qué es eso de dejarse ir. El ejercicio custodiado por dos agentes del orden consiste en que vea imágenes y ellos constaten mis reacciones íntimas cableadas. Primero veo paisajes más o menos idílicos, los Alpes, las Maldivas, después gente caminando en una gran ciudad, mujeres y hombres apuestos, y después, yo no sé si esto es legal,

púberes en ropita de playa, niñas y niños chapoteando y solo cubiertos por arena. Todo conectado con sondas ellos van comprobando ondulaciones y picos en una pantalla. Yo no sé cuánto de esto es legal, yo no sé qué quieren que muestren mis órganos, después me desconectan y me pasan un gel.

Colóquese bien delante del micrófono, prosiga. Itzhak Perlman nació en Tel Aviv en 1945 de padres polacos. No ha lugar. Decide estudiar violín a los tres años y medio y contrae polio el año posterior. No ha lugar. ¿Cómo que no ha lugar? Tendrá todo que ver si me dejan llegar, nadie sabrá nunca si eso frenó el talento o lo desarrolló, en eso me dan la razón, ¿no? ¿Por qué protesta el acusador? Ser inválido es una anormalidad como un prodigio es una anormalidad. A ciencia cierta nada es a ciencia cierta, el infortunio y la desgracia pueden engendrar un hombre excepcional. Algunos deben a su bastardía la gran obra, qué sería de ellos sin su angustia. Objeción, ha lugar. Bravo gritan los franceses en las carreras de ciclismo. Bravo gritan los españoles a los toreros. Bravo dicen los americanos a los cantantes pop. Podemos volver normal una anormalidad muy fácilmente, la prueba está en lo que les digo de esta época divinamente tiránica, supongo que me interpretan. Desde que nací me hablaron por fórmulas en los fangos, escondidos, en las noches de balaceras, subidos como gatitos sin raza a los árboles en las requisas, por repeticiones y plegarias, por movimientos lentos en dirección a Jerusalem, para encauzarme y volverme uno más, un chico normal y logrado que se escondía, ¿y de eso tengo la culpa también?

Tiempo de receso. Banco, pasillos, salas con ventanas de vitrales. Tengo la impresión de haber sido un piadoso. Ahora yerro y la luna está casi a mi altura. La puedo tocar, abalanzarme, embocarla. Estoy en la carretera sinuosa de casas de capotas irregulares, barandas y perros de raza dormidos con sedantes. Estoy sufriendo cigarrillo tras cigarrillo. Estoy maldiciendo frase a frase. Yo no podía, no podíamos papá alejarnos de ella unos kilómetros. Era algo que fallaba cada vez. Mis hermanos y yo nos subíamos a sus piernas y ella se tiraba a dormir con nosotros encima, le pesábamos tanto, nos dejaba echados alrededor suyo, a papá le estorbábamos, nos tiraba afuera. Me retiran del pasillo hacia otra sala más pequeña y custodiada, las manos con esposas.

En las mediaciones del entretiem po me miran mientras comen sándwiches los civiles convertidos en jueces de este Tribunal de provincia. Todo menos la ropa indica que estamos en el siglo anterior o incluso en el XVIII. Un reloj detenido, un crucifijo encerado y muebles pulidos. Yo sigo paseando sin calzones, sigo desnudo de la mitad para abajo, a nadie parece interesarle mi genitalidad, ponen más azúcar, discuten. Empleados judiciales, domésticos, jueces y reos me ven sin calzones sin el menor estupor. Estoy muerto delante del puerto marítimo de Dunkerque. Estoy muerto *sur la Rive Nord du Lac Léman* y una flemática noche, refugiado en la fachada oeste de la catedral de Koln, estaré únicamente muerto. Pagar alguien tiene que pagar. Pagar, pago disfrazado con un gorro de lana, un refugiado limosneando en los mercadeos de navidad. Yo ya no soy yo, yo ya estoy fuera de servicio en esta especie de despojo. Un paréntesis, su señoría. Un segundo, civiles jueces. Todos me estafaron, los que me querían tanto y me venían a preguntar sus cosas en medio de crisis y piñas conyugales, los que me pedían que les redactara las cartas a las amantes, los que me pedían que leyera por ellos la Biblia o les enseñara a hablar. Se hicieron humo. Ni llamaradas. Un recreo para explicarme qué pasó mientras el hongo crece y nos entierra en el cielo. Mientras el pájaro espino ofrece su vida en un canto superior. Me ven que levanto las manos y me trastean, vienen a desmembrarme por semejante cultura lasciva. Qué te pasa, mi amorcito. Qué te duele, gordita. Necesito sentir la guatita, la guatita. Degenerado. Que se pudra el escabroso. Los negros policías me meten en el penal sin chistar. Negros polizontes villeros y los blancos dilapidados. Razia total. Nosotros estamos acabados, fruncimos la pera, nos rascamos como gorilas delante de los espejos y saltamos excitados al ver porno pero el esperma es llanto, pobres hombres.

No denuncié el hecho cuando mis padres me abandonaron y ahora el expediente prescribió. Qué puede hacer un hijo si sus padres una mañana cambian de nombre, de ciudad, de empleo, de padrón y de corte de pelo. Zorzales de fondo en esa gruta en la campiña. Recuerdo ese día, yo caminaba con las manos abiertas como venido de cometer un acto feroz, como si me colgara un arma de cada dedo, no había hecho más que espiar a mis padres en su nueva vida, los dos de espaldas sentados en el sofá marrón de una casita modesta al otro lado de la ciudad. Ahí donde solo se ven plantaciones y arena.

Dos ancianos apacibles mirando la televisión con antena satelital, ajenos ya al hijo que alguna vez tuvieron. Como los combatientes de Vietnam, pasado medio siglo, se ven en el supermercado o en el Pub Celta o Irish del centro como personas sin historia. Un dedito más de whisky y resulta que se bajaron a 80 vietnamitas en el Lago de Bambú. Dos liebres saltaban cuando me fui. Desde mi nacimiento mamá dijo haber sentido un presentimiento fatal como un ave de presa sobre nosotros cubriéndonos con su sombra. Había algo en mi voz, antes de hablar, mis hermanos, ahora todos en sus lápidas de guerra, no eran así, los otros chicos tampoco y ella quería ver en eso el signo de la genialidad. Una generación y otra, un régimen tras otro, un aborto y otro pasarán en los hospitales por la puerta angosta, todos pasaremos por ahí. Suena la alarma, al escondite, con las motas, abajo vamos todos a dejar el riego, no más cortar tarugos, abiertas las mangueras y colgadas las hachas. Ya estamos instalados en el depósito, nos miramos con mis padres y mis hermanos. Algunos comparten lo que llevan, otros se arrancan el vino con trozos de uva como si mordieran búfalos en el desierto. Los dejan caer sobre sus zapatos, la cáscara con airones, los cordones atados con yema, los dientes emplumados. Los vecinos se echan a dormir, hay tres que se tocan, se rozan, la lubricidad brota en cualquier lado, en las tuberías del alcantarillado carcelario ruso, en los llamados bebes munición. Con tres años ya podía ver los ojos cosquillosos en pleno toque de queda. Con tres años defecaba delante de todos en las guaridas y era mamá la que me limpiaba con sus pañuelitos perfumados. Agacharse a hacer las necesidades en un rincón sin que una brisa enfríe mi endurecido trasero, ahora veterano. Cada vez que me agacho la veo haciéndome una seña, tan dulce, tapate la raya hijo, tapate la raya mi bebé, con el pantalón bajo y mojado me paseaba entre las piernas de los adultos y oía; cierran las demarcaciones, volvamos a la moneda, que los metan en un carro, otros pedían escuchar la sirena. Mi infancia era un pozo lleno de reptiles enrollados. Memorias de hombres y mujeres trenzados y yo que hacía gárgaras parado de cabeza, a papá le gustaba mostrar esa gracia. Miren, miren por favor al pequeño con la cabeza en los pies, entonces me sacudía desde abajo para que meara al revés. Hacían el chiste de crucificarme, a mí, el judío, y aplaudían cuando mi chorro iba bien alto. Tirales tu lluvia bendita, bendecilos como Moisés. Otros seguían al comunismo con banderolas y silbatinas, uno, dos, marchen, Stalin era el sueño.

Lo peor no es caerme como un veterano de las fuerzas armadas estadounidenses devenido mujer, lo peor no es ya caído, por la polio, la sarna o la tuberculosis, que me den por traidor, lo peor es a punto de caer la mirada de ellos y no poder contestar. ¿Qué dice? me pregunta el custodio. Guardianes, agarren sus armas al puesto 5, grita de pronto. Alerta máxima, se detectó un movimiento de insubordinación. El Comité evalúa suspender el juicio y devolverme a la celda por tiempo indeterminado. Mi conducta está al límite, niego toda acusación pero aunque estuviera escrito en el cielo no lo verían.

El anciano la viola mientras otros la golpean con palos y aplastan sus cigarrillos contra ella. Dos automovilistas descubrirán a la víctima a primera hora de la mañana vagando por la calle con la cara hinchada. Bajo custodia, el líder, un ciudadano turco, había dicho cuando salga, me follaré a toda Francia. Un cómplice, por su parte, admitió que había atacado a esta joven, porque era francesa y a él no le gustaban las mujeres francesas. Estos inmigrantes subsaharianos se dirigían a la vecina Libia y posiblemente a Europa cuando su vehículo se descompuso en la región norteña de Agadez. Murieron de sed. Clavar cuatro árboles a la redonda, poner un puesto de verduras bio y *génial*, dicen los franceses, ¿y es esa la humanidad que nos ofrecen? Comer sano, evitar el cáncer y votar a la izquierda. Mi culo es más ecológico que esos árboles clavados por ustedes los que están del lado de la ley. Y después pasan su tiempo entre México y New York, es peligroso, después todos van a querer ser como ellos, pasar seis meses en Acapulco, eso es nocivo para el planeta, no los terroristas. No, espere, si acepté no tener abogado es para defenderme con mis propias palabras, no es apología, no es apología en absoluto, ¿dónde ve la apología? Es seguir un razonamiento hasta el final. Siguiendo el razonamiento ellos son nocivos, no los que andan cargados. Quieren que me flagele, que me ponga una bolsa en la cabeza, que haga un ayuno vegano, que me declare integrante de un complot. Nadie se impone una vida. Nadie se impone el rigor de una parálisis. Los lazos familiares son un problema mental, ¿vendrían mis hermanos a verme si no fueran piedra con inscripciones ya borradas?, ¿vendrían mis padres si no fuera el hijo bobo? Lo flaco que estoy, acabar hecha una nada sin trusa en un tribunal. Acabar hecho un clavo vestido y apenas respirar. Estoy acá enclaustrado en estas paredes como murallas a escala de dios, nadie quiere verme y no quiero ver a nadie, ¿vendrían mis

padres de la mano a traerme algo dulce un domingo si supieran cuán enjuto estoy? Al menos eso, el morbo por comer, comé, comé, no hago otra cosa en el día que escucharla decir comé, comé, desprecio y desperdicio.

A mí me darán cuatro mil quinientos años, más años que a Scilingo, a él cadena perpetua pero no le dijeron el número, hasta que se muera, a mí me van a precisar el cómputo. Yo me siento culpable, lo acepto si lo llega a decir la justicia, quizás hasta me den una reducción de veinte años por comportamiento ejemplar y buena fe, hay una diferencia, ellos son tan culpables como yo. En mi primera mazmorra caen las plumas y se esparcen. Noche endiablada y colorida en el pabellón. Los otros detenidos las escupen repelidos en el sueño cuando el viento se las pega. Pasa la noche correctiva, fermentada del hombre sin deseo. Del otro lado en el Este las mujeres se llevan el metal y secan la cabeza de los asiduos pero el sexo en ellas es liberación y en el hombre inmundicia y yugo. Se dicen camaradas. Se pasan el cuerpo la una a la otra, se pasan sus vaginas, se las prestan como armamento clandestino y guerrillero. Del lado Oeste hay otras víctimas, cuántos tipos de víctimas hay, cuántos puntos cardinales. Las víctimas que no se ven, las que más sufren, los bebés esparcidos en sedimentos disecados. Lloré toda la primera noche. Desde una torre del castillo a la otra, eso es llorar, la verdadera desdicha. Mi mamá hizo todo para que viva, no tendría que haber hecho semejante esfuerzo, más bien cerrar los muslos esquivándome.

Vos mamá estabas en la sala de espera frente a una mesita ratona de mármol, había un espeso olor a incienso que no me dejaba sentirte pero sé que esperabas y controlabas la hora. El profesor dijo que podías pasar a la sala pero preferiste quedarte. No estudié piano nunca, dije mal sentado en el taburete. Me hizo poner las manos desnudas y me indicó dónde estaba el do mayor, mis manos más anchas que de costumbre sobre las teclas. El profesor tenía un gesto de desaliento, carraspeaba, se sentó en una silla baja y sin hablar me hizo seguir sus movimientos indicando una breve melodía, cada tanto me pegaba en los nudillos con una lapicera criticando el fraseo, el mecanismo de los dedos a viva voz, mi madre debajo del perchero y con la nariz en alguna revista escucharía todo, los detalles. Dejé caer las manos en la

mitad de la clase y eso lo irritó. Me levantó la voz, las manos en el teclado siempre, siempre, las manos en el teclado. Solo esperaba que la hora terminara y poder salir corriendo a la calle oscura, arbolada, en decadencia fastuosa. En la sala de espera mamá dio vuelta la cabeza, puso el billete doblado en la mesa de mármol y salimos al invierno. Afuera alguien quemaba unos arbustos en alguno de los patios traseros de esas casas de otra época. Una fogata que imaginé tornasolada.

No tengo dudas de que tomé la decisión incorrecta. El valor y la verdad son extremadamente raros. Ya están al corriente, no fui un héroe ni un hombre bueno, las dos únicas opciones. Nunca tuve el mínimo arrojo. Mi vida me parece una alteza estrecha, lo que hice y escribí desapareció del horizonte como se disuelve un temporal que no se desató y los empleados levantan los vallados y señales de emergencia, las calaveras de peligro, las veces que me obligué a vivir, quién puede acordarse siquiera de un pormenor. El día que derribé, el día que me lancé de cabeza a una ribera, el día que el corazón latía fogoso, la vez que escribí cien páginas, quién podría contabilizar hechos ciertos del pasado. A los viejos les queda el presente estático, el deseo menguado, un florero sobre una mesa, el mismo cuadro oscuro durante generaciones, una calle trasera en una ciudad caliginosa. La pasión larga compartida es ahora la antesala del fin. No serás mi madre muy pronto, se deja de ser madre alguna vez aunque se haya parido, y entonces serás una mujer que compra una planta en un pueblo o es saludada por algún vecino y nunca parió. Si estás a salvo de la Corte, si no te llaman a declarar, este final del verano habrá sido el final de los últimos intentos. Ahora tenés la careta de anciana, pero yo recuerdo, como se recuerda un tapiz bordado visto en el bazar de Istambul una tarde de nieve, pero yo recuerdo, como se recuerda nítidamente la primera película que vi en el cine de adultos de La Charité, recuerdo como se recuerda haber jugado en una improvisada bañera a los soldaditos, recuerdo el deseo que te tenía, cómo ensayaba morir por tu causa, cómo no te veía como mis compañeros veían a su progenitora. Luego se nos impondrá el sol brutal de la realidad razonable, un almuerzo sobre el heno con niños y nubes lejanas que no traen aguacero, y nos llegará a los dos el carnet de viejos por correo estatal. Y todo el declive y todas las opciones falsas.

Una vez tuve siete años o creen que nació así los que me cruzan con la toga echada en los hombros. Lo que nadie ve. Es posible una relación entre un hombre grande y una nena. Es posible una relación entre un niño y una señora grande, incluso una señora muy grande. Se creen que uno es un desenfrenado, piensan este hijo de perra lo que quiere es agarrar y sentarse a la nena encima, excepto si está todo claro y la nena viene y quiere hacerlo. Si lo quiere hacer, lo va a lograr pero del mismo modo le daré felicidad dejándola sentarse, lo mismo será para la señora y el infante. No sé qué decir, ya dije que estoy hecho un sonajero.

¿Pueden traerme papel y lápiz? Llegan con dulces preparados por algunas admiradoras. Cada convicto tiene la suya, es muy tentador enamorarse de un criminal, aunque no haya matado a nadie, es excitante enamorarse de alguien que osó destruir, recibo más cartas de amor ahora que a lo largo de toda mi vida, de dos o tres anónimas, quieren visitarme por hora. Ya sé que estarás cerca de un lago en alguna ciudad con puentes romanos, ya liberada y no me pensarás, no tendrás ni odio ni rencor, no se te vendrá a la cara mi cara, ninguna cosa me evocará, ni paisaje, ni música, ni el aire del verano seco, ni el olor a una crema protectora solar sobre mis manos largas, ni lo agrio de las vacas en la tierra, no tendrás nada que ocultar cuando te pregunten si fuiste madre, no tendrás que avergonzarte como un día cae un diagnóstico y salís del consultorio médico y es toda tu verdad, no recordarás que me abandonaste a mi suerte, no pensarás que en algún parque o banquina ando merodeando con tu fisonomía, espectro tuyo. Que alguien en algún lugar replica tus gestos, tiene tus dedos, tu forma de marchar. Un día, al levantarte, solo se te habrá ido del pecho haber sido mi madre, haber sido madre será como haber sido joven o haber robado. Y entonces ya no seré en lo absoluto un hijo y no seremos más que dos que pueden cruzarse en una estación de servicio o en un peaje. Haberme concebido no significará un período corto, unas horas, unos años, como los hijos olvidan el nombre de los padres o dejan de pensarlos al segundo o tercer aniversario de fallecidos y luego de vaciar las casas y airear y volver a poner una capa de pintura, como frente al muerto que se va dando de baja conforme se cumplen las fechas de su deceso.

Fantasia de una noche de cárcel. Me va a parar la policía en cualquier frontera. Cuando se me acabe el alcohol, cuando se termine lo último detrás de las puertitas secretas y dentro de los calcetines iré a la tienda de licores a la parte trasera del local para reabastecer y ahí me van a atar y llevar a punta de martillo los vecinos justicieros. Acercarme a un auto y a dos centímetros de la sien del conductor disparar. Fallaré, sereno, pum pum, pero dejaré en el rastro de mi revólver humeante un reguero pesado que se extenderá por el suelo y las calles de los emigrados. Cantat, Burroughs, Simon John Ritchie, Aaron Hernandez y más, aletargado, agonizar de pie, cavarme en mis movimientos desaforado como un menor en una guerra láser o en el flipper. Ahora mismo la visión a medianoche, salir por los *checkpoints* a juntar cosas fulminantes. Chicos desnudos buscando oro con sus sexos de diamantes.

Yo el defendido por las elites y los académicos dispuesto a pasar al otro bando, a llevar a cabo un crimen, hacer saltar esta *cave* perversa, con el tubo al cuello en la traqueotomía lanzarse por la ventana corrediza al patio interno. La jueza me mira. Qué mira. Tengo manos de esclerótico, parece. El taquígrafo de tribuna con los signos rápidos. Códigos impuestos. Agachado, metido en su burocracia. El juicio sigue y nadie sale ni al baño desde hace más de once horas, tienen mucha resistencia las vejigas. Este juicio es histórico, oigo decir. Yo los miro sin vertiente sexual ni caer tendido. Afuera París y el esnobismo, la novela mal contada, consumir hasta la última gota del Sena. El circo de Céline. El sepulcro de Balzac y otros decimonónicos. Antes una cantinela para niños, la vida rugosa, áspera y casi siempre mezquina, y de tiempo en tiempo un rayo de luz. Una violenta ensoñación París esclava de Allah. Salgo en un intervalo con la camisa mojada. Dejo reposar mi labia racista, dejo caer como un fusil descargado mi boca de labios finos. Van a hacerme pagar caro eso que dije de Allah, los musulmanes, los judíos, las asociaciones antirracistas, los comunistas con su felicidad programática. Aunque todos ellos sepan más que nadie que es cierto. Me paro en un banco y me miran los más viejos. Carraspeo. Los pocos jóvenes de la sala están aburridos y hay mala señal. Afuera trepida la París no demolida. Asesino. Contra mi vallado. Asesino, asesino, muerte a Israel, boicot a todos sus productos, las sandías sobre todo, cuatro hombres fornidos del Mossad me escoltan.

Mamá había llegado a los ochenta, fue una de las últimas veces que la vi sola. La esperé con las manos congeladas en el parking de su café favorito. Hubiera querido llevarla a un salón de té en Henrichemont que inauguró y dicen que hay tortas caseras, té en hebras orgánicas y una ronda de mujeres pueblerinas tejiendo y hablando en el inglés de las películas de época. Nos sentamos en la esquina más soleada con las bandejas de plástico. La mesa sin mantel, sin bordados, las tazas sin manija, rudas. Afuera troncos y la poca juventud de la zona fumando, ajenos al vejestorio. Nosotros dos anticuados, si alguien nos viera no podría pensar que llevamos la misma sangre ni que dormimos juntos. Más bien una pareja a la que el deterioro de las batallas llevó a que durmieran por separado y que uno envejeciera más rápido, aunque el otro lo atrapara pronto. Como dos ancianos yendo a acostarse por el pasillo del departamento, pasito a pasito ya cada uno sabe quién apaga la luz, quién mira las fotos en los marcos, quién se asea primero, quién se desviste, quién se tropieza con las chinelas, quién entierra a quién los restos del otro. Ella ahí sentada después de todo, como cuando venía a rascarme la espalda, como cuando escuchaba mis boberías a los ocho, mis relatos de aventuras, como cuando le leí una frase entera por primera vez. Los torbellinos familiares, los celos, los tironeos, las llamadas a la madrugada, las ofrendas, sembrar, cosechar, las ruletas rusas, todo había quedado atrás, la vejez licuaba todo.

Veo a través del vidrio del convoy que me traslada de nuevo a la prisión las capillas, las torres en pie tras los incendios, ocho incendios, nueve, seguidos, carbón sobre carbón y luego avalanchas con las cenizas brunas, ¿hay algo más puro que las cenizas de un volcán? Los muertos de los mausoleos, caminos de la historia repetidos, como páginas exactas de varios tomos idénticos, la iglesia de la Madeleine desierta. Llevo toda una pena sin dormir con la garganta de monje casto. Llevo una vida viviendo todo lo vivido, duelo, luto, luto duelo. Por acá ya pasé, por acá, y por acá, ruidos en bruto de su presencia aplastante. Yo no soporto nada de París, ni su lluvia ácida ni los acueductos con candados ni el flirteo. Ni su lengua romance de erres remolcadas desde la cuna, ni Eloísa y Abelardo ni la liliputiense de Édith ni el tétrico Père-Lachaise. Echen abajo París. Desnúquenla. Póstrenla. Trocéenla. Vuelvan Venezuela Guantánamo París. Háganla saltar por la cornisa como los empleados de las telefónicas, los más sangrientos son los de puestos altos. No

quería volverme un hombre que llora, no tengo madera de artista, miro de lejos los carteles de los artistas colosales. Esa grada en la que menguamos juntos, ¿te acordás?, cincuenta años de un solo golpe. Podría haber tenido una vida de concierto en concierto. Podría haber sido mi propio Schubert fracasando en la ópera por falta de aliento dramático y triunfando en el *Lied*. Un puerto impresionista bajo el agua. La embolia, las violaciones con los dedos y los hachazos en las puertas que se viven en la juventud hubieran tenido forma. Los caminos de tren con explosivos y los traqueteos soleados en los bares de la locomotora. Las bañaderas alemanas de pie y mármol, el strudel como un remolino en los grandes salones de oro nazi, mi cuerpo en los sótanos del salón checo, arrodillarse en el puente del canal o frente a Notre Dame, los baboseos en el bus de un piso, los groseros espiando y ese morbo delictivo en cada nuevo astillero. Cada piedra caliza, cada colchoneta, cada muelle, cada ventanal troquelado, cada luz apagada enseguida en las alfombras y los garajes revolcados podría haber sido mi vida mamá. Cada vez ensangrentar muros y cortinados de reyes. El ahorcamiento. Las ciudades amaneciendo, los peces de rubones, los vagones de regreso, las loas del mundo y las copas de pie detonadas. Y el castillo donde cantar en un idioma ario a los pájaros fuera de los árboles. Huevos de chocolate en los restaurantes de los despeñaderos al mar y casinos suntuosos en la orilla, podría haber sido. Un comino importa ahora catar como un cosaco, ir de juerga apestoso, fétido. Palillo jugoso, arma oxidada, pato contagiado tengo de pelotas yo. Yo me escaquee. Yo me tabarree. Alrededor da la medianoche y gira y nunca se salda. No me resisto a que pueda cancelarse todo. Los hombres del Mossad me bajan del auto simulando ser bestiales, me acompañan hasta la entrada del penitenciario y me desean suerte.

Gracias su señoría por los pantalones, son de muy buena calidad, Made in Bangladesh. Preparé un breve texto que sabrán oír. Hay que ver cuándo sale y cuándo llega el disparo. Espere que me lo pongo delante de ustedes, total ya me conocen todos. Estar atento a detectar el sobresalto, intuirlo. Pero no creo en el amor. No creo para nada. Que alguien me diga acá, ya que madrugan y están sentados todo el día, quién puede creer en el amor, el que ustedes proponen, el que ustedes predicán y legislan, el que llaman instintivo, el otro sí, pero habría que rebautizarlo. Tenía seis años y sabía en la noche si era un

disparo lo que llegaba o salía entre los montes, si era del enemigo o del aliado, si era un disparo a punto de quemar el cerebelo o un gorrión mensajero lo que se lanzaba o se abatía boca abajo en el tanque de reserva. El odio es algo bueno, yo estoy hecho así, es lo que me reprocharon pero es lo mejor que pude heredar, les estoy muy agradecido, permite avanzar entre las altas fojas a brazo largo y amortiguar el impacto del proyectil, permite masturbarse y quedarse echado en vez de salir a requisar. Ver la fronda. Se me va de las manos el rencor, un rencor genético, religioso, desatado. No puedo tocar Rachmáninov. Es demasiado físico, nunca pude tocar nada, las manos flojas. Si tan solo hubiera tenido coraje en los últimos dedos, en estos, miren. No coraje en toda la mano, no en los diez dedos, me hubiera bastado para ser Hórowitz tener coraje en estos dedos, dos o tres aunque fuera de una sola mano. Los únicos sobrevivientes lo dicen, es el mismo convoy tapiado para todos y solo los audaces regresan. Todo trascurrió, veranos, campings, fumaderos y genitales en los costados al final del día. ¿Nunca tienen esa impresión? Caminar acosado por un abejorro, nos persigue, nos zumba, nos humilla. Haber tocado para ellos al menos *Kreisleriana*, Op. 16, 3. *Sehr aufgereggt*. Todo tiene que empezar en verdad. Estoy celoso de los que llegan a la meta con el corazón frío, escucho mi propio búho maniatado. Me equivoco las páginas. Una y otra vez afuera trapeando en la colina y las casas hundidas en sus propias fosas.

Usted fue visto tocándose las partes íntimas y en estado de exhibicionismo cerca de una escuela en las inmediaciones de Cosne-sur-Loire. ¿Qué tiene para decir?

—¿Por quién?

—Visto señor, la identidad de los testigos está protegida por la ley, pero le aseguramos que son más de una persona y en reiteradas situaciones, no solo puntualmente una vez a la salida de la escuela, también en los alrededores de la cancha de rugby el día del campeonato, detrás del acueducto y el canal.

—No puedo saber qué hacía.

–Fue visto señor, hay pruebas y testigos.

–Pero quién veía.

–Veían.

–Es clave.

–Con su miembro, en clara actitud lasciva, no podríamos afirmar si en sesión onanista, pero sí contamos con descripciones precisas, no queremos avanzar para no incomodar a la audiencia y a usted, pero si no confiesa...

–No tengo nada para confesar, tengo hace años una infección urinaria y puede ser que en algún momento al salir a mear en mi jardín privado me haya quemado un poco y eso hace que me tenga que tocar la zona, un pequeño raspaje, la región carece de urólogos.

–Es mejor que diga la verdad, que se asuma, esto es más lastimoso, en un momento tiene que asumirse, qué hacía con su miembro al aire, por qué se tocaba en público, sabe, es mejor que todo ese rodeo de la infección urinaria.

–En algún momento teniendo esta edad y siendo mis últimos momentos puede que me haya dejado ir, que me haya dejado de controlar, pero tengo una edad en la que cualquier tropiezo, cualquier mañana, cualquier desayuno mal tragado es el final.

–Entonces lo sacó frente a los demás.

–Lo saqué, estaba en estado segundo, fue más fuerte que yo pero sin ninguna intención ni mirando a nadie, solo, como una caña de pescar en un líquido sucio y lodoso, mientras el match de rugby entretenía a todos y nadie echaba un vistazo a ver qué hacía ahí.

Hagan pasar a los declarantes. Primer testigo: Juro decir toda la verdad, en nombre de la Ley, de la Patria y de Dios. En nombre de la decencia. Pero no

es pertinente, el testigo no debería estar en un lugar que solo deben ocupar fiscales, magistrados, letrados y secretario. Declaro haber visto en la noche del 24 de diciembre una sombra brillante con igual contextura y forma que la del señor y que corresponde en todo a la del inculpado. Juro haberlo visto llevarse a la niña hacia el fondo de su casa como la hubiera arrastrado un lobizón. Noté después el auto de este hombre estacionado en cruz en la bajada al último río salvaje de Europa. Qué crecida estaba aquella noche el Loire, debajo nadaban los huertos como esqueletos. Había dejado las luces de su casa apagadas y lo que podía ser un candelabro encendido porque se veían ardores alargados temblando en la pared. Si me permite su señoría, mi obligación como testigo es decir que no debemos quedarnos en silencio, debemos irradiar verdad en esta materia fosca. No parece un razonamiento justo, velas, luces, un auto cruzado en la bajada del río, una sombra brillante un día 24 de diciembre puede ser cualquier hombre o un arbolito decorado. No ha lugar la intervención. Se me veta, se me censura, no sé si el señor no se confundió de caso. La pregunta no es pertinente, otra pregunta por favor. Un careo entre el testigo y el acusado en el que el acusado no puede preguntar, genial. Era el señor, lo reconocieron otros vecinos también, nadie más baja a orillas del río a esas horas, él tiene el hábito y solemos verlo a la madrugada, reconocemos inmediatamente su figura y su manera de andar, su aura. Esa vez tenía, además, la boca entreabierta, la boca es para comer, no para eso.

Lo podría reconocer entre una bandada de murciélagos revoloteando, mordiéndole las pestañas. ¿Aura dijo su señoría? Objeción, ¿por qué si supuestamente me vieron nadie me detuvo?, ¿cómo si ven a un viejo repugnante llevándose a la criatura no lo interceptan? No ha lugar. ¿Era o no era el inculpado el hombre que usted percibió llevándose a la niña la noche del 24 de diciembre? La pregunta no es pertinente porque lleva carga incriminatoria, ¿por qué no le da un papel con la respuesta? Así vamos más rápido. Denegado.

Segundo testigo: Aunque sea un día de invierno con un sol refulgente este señor tiene siempre las persianas bajas. Solo se asoma a la puerta a sacar la basura y a buscar el periódico o sus paquetes de papel marrón con sus

cartillas, libros o manuales. Era llamativo para todos cómo una de las personas más extrañas de la comarca logró dominar la técnica de volverse invisible. Hace unos cuantos días y hasta el arresto nadie más lo vio, vivía como la matrona de los perros, retirado y sin ver el albor, algunos decían que al pasar por las ventanas selladas el olor los hacía tumbarse. Ese día algunos gitanos dicen que vomitaba de excitación que estaba como flotando, ¿sabe? Como en la pasión. ¿Y eso qué probaría, su señoría? Pregunta no pertinente.

Tercer testigo: Yo creo que el señor es completamente inocente de todos los cargos. No soy su cómplice por declarar a favor, además no nos une ninguna relación, siempre lo vi como un vecino más, creo que una o dos veces lo vi sacando sus basuras y entrando rápido bajo relámpagos mortíferos. Creo que el señor pudo haberle hecho algo a la criatura, sí, pero si fue así vaya a saber si el Estado no es cómplice del hecho, si no fue un cohecho, ¿se entiende? El Estado lo dejó hacer, él ejecutó lo que el poder le dictó, entonces no lo acusaría a él directamente, buscaría las causas del supuesto delito y qué órdenes día a día van llevando al cerebro de un hombre a optar por un acto así.

Papá ya había dejado las andanzas y me invitó a una copa sin que mamá supiera. Nos sentamos en una taberna, pedimos algo fuerte, pero sin tomarlo, sin tocar los vasos, sin que nada aparente pasara alrededor ni entre nosotros, los dos encorvados. Después de estar sentados idénticos, lo vi llorar. Fue de un momento a otro, el lugar no tenía música y nadie nos estaba mirando, no había televisores, solo un tipo bebía al fondo y una barra de pole dance vacía con las luces de colores pero sin cuerpo. No sé cómo colapsó. No recuerdo si se tapó la cara, qué expresión tenía ni si me dijo algo.

Alegato final. Denegado. El mundo demente gritando mi nombre. Qué broma tonta, a veces me toma este humor infantil. Soy un alien, eso quieren que diga. A los soldados rusos les zumba la cabeza, disparan al azar, se oyen los pasos y el aliento de las milicias alemanas pero no pueden verlos por el humo, disparan como yo, de oído. El Maréchal nazi no es devuelto a cambio del hijo

del Guía, igual no sabía ni tirar el limitado, también qué idea loca estos jerarcas nazis, intercambiar el hijo rehén del padre ruso. Con los años el enemigo de los SS se convierte en antisemita, por frustración, por celos, y dos millones de judíos son enviados a los gulags, novio de la hija incluido. Y mientras tanto en Belleville los obreros de una fábrica le hacen un regalo artesanal al Iósif fundiendo hierro. Y Paul Éluard sigue tan enamorado que se le sale el corazón. Ay. Qué harían sin mí ciegos como cachorros de gatos sin saber reconocer al enemigo. No se puede mutilar moderadamente una mano. Si me espera la muerte no me fusilen, quiero poder tomar yo mismo el veneno le imploró por carta su mejor amigo, pero no pudo ser, qué pena. 4 de marzo 1953. Iósif agoniza solo en su habitación, nadie lo ayuda, ni siquiera sus médicos ahí presentes aterrorizados de tomar una decisión equivocada y ser ejecutados.

Esto no es apología tampoco, es una imagen, quiero decir, estoy hablando como si escribiera porque dentro no me dan papel. Ustedes no pueden tolerar que haya muerto una niña sin que haya un asesino, sin que ese asesino tenga odio racial, sin tener a quien vengar o juzgar a puerta cerrada, sin inculcarme su deceso, pero los chicos se precipitan, se revuelcan, se matan solos, como los animales de las ramblas al vacío. Como las tortugas que no quieren nadar hasta la orilla o las que se dejan caer por los miradores. Hay chicos que nacen sin querer vivir.

Si tuviera un prodigio total, si pudiera envenenar, solo esa definición me interesa verdaderamente. Te empujé a la fosa común como Lérmontov, como el ruso de la esfera en la nieve que reía antes de entrar y que la esfera volara al precipicio como Pushkin en el duelo. Madame le Juge, permítame decirlo, a veces, hay que decirlo, son todo genitales las chiquitas. Qué vida, puros genitales tienen para algunos, culitos hacia arriba como esos dos internos que interpelan al sacerdote por haber manoseado a dos adolescentes cuando dormían, uno está saturado y revienta por algún lado responde el curita y luego intenta minimizar los hechos, pero más tarde, dice, uno está rodeado de varones, antes del seminario me encamé mil veces pero ahora aquí uno los quiere y se desborda ese sentimiento. Puede ser que me haya dado vuelta,

llegué a una situación que no doy más, la tentación es más grande. Algunos están hechos de tentación, no es mi caso, su señoría, yo no necesito cariño, yo no estoy tentado. Mire, se pusieron de moda los linchamientos a niños, el de ochenta lascivo todavía se le desnuda a la piba de nueve en el tren de provincia, la madre ni idea de para dónde o qué miraba pero el viejo la manoseó toda, la eyaculó durante el ramal electrificado en el cuellito, en la orejita, la gente del tren lo molió desnudo, hasta llegó con el pantalón en los tobillos y un tirón de sangre en las medias. Tras el hecho, no se conoció el paradero. Qué le hizo a la nena, le metió dedos o qué, abuso es abuso, el resto es morbo. Eso es, señoría, los trenes y las ciudades periféricas, las celebraciones occidentales están hechas de abuso, el poder incentiva todo y después pone cara de idiota, diseñan niños para el abuso que después castigan. Cuarto intermedio y nueva pausa.

Mírenme sentado gacho como una corneja, así, pedir tu mano, si estuviera permitido pedirla, si tuvieras manos, si no te hubieras ido, si estuvieras viva, después de escuchar «Tzigane» de Ravel. Así ser respetado un minuto, un segundo, tener plumas, desparramar ojos magnéticos. Me despiertan del espejismo.

Testimonio de un pedófilo encarcelado, experimento para ver si me identifico, play, sala improvisada de cine. Inspeccionan mi mirada, cada movimiento de mi tráquea, como las sillas alemanas controlan mi respiración, anotan todo lo que debo estar pensando. El hombre habla semicubierto. «He visto mujeres muy bonitas que parecen niñas, pero no son niñas, son adultas. Una niña no tiene nada de más ni de menos, es perfección armónica, una alegría desinhibida, la gloria en la tierra, una plegaria sensual. Mi líder les da de comer a sus roedores en una casa en Holanda, cómo borrar las huellas del deseo pedófilo. Los niños alados. Puedo comenzar a sentir algo con un niño de seis años. No puedes penetrar a un niño de tres, de cuatro años pero depende de lo que el niño quiera. Siempre lleva una toalla, la vas a necesitar para limpiar cualquier rastro que quede en la vagina de la niña. Cómo se controla lo sexual. Cómo se controla lo que sea verdaderamente humano. Cómo controlás el deseo de una señora de aplastar el hocico de su perro en su

vagina, del marido de mirar, de eyacular sobre el lomo del animal doméstico. Es algo que ninguno de ustedes que nos condenan y nos acosan sabe responder, ustedes no nos dan respuestas, solo se dedican a lo más fácil, a lo más pueril, nos oprimen y nos recluyen, nos borran la cara en las entrevistas, nos pintan las casas, nos desaprueban por retorcidos, tampoco es una mala cualidad, pero con nosotros nacerán miles de pedófilos nuevos. A cada hora una mujer está pariendo uno en su casa, en el hospital, a cada hora una mujer engendra uno nuevo de nuestra serie en su abdomen. Seguirán saboteándonos y seguirán naciendo niños que gustarán para siempre de los niños. Jugar con fuego jugamos desde el momento en que nacemos, se dice que el infante disfruta también de ese ardor inicial. Mantener una relación con una menor cómo no va a ser posible, es totalmente posible, lo imposible es lo que intentan limitar a azotes de ley, a un cerdo en el chiquero también se lo puede amar, hay hombres que tienen relaciones románticas con la luna. Yo lo sabía desde que aprendí a caminar pero mis sentimientos estaban dormidos. Ahora subordinado a sus leyes estoy lleno de tics que van en aumento. Yo no digo esas cosas delante de mis vecinos, solo las pienso. Los acaricio con la ropa puesta, es lo que nos queda, masturbarse para adentro. El apetito lo siento de vez en cuando, cuando estoy muy solo, pero no dejo que los niños lo sientan. Me obligan a hacer de mí otro hombre montado a caballo alejándose a largas cabalgatas. A la distancia los aprecio eróticamente desde que soy niño. Nunca me gustaron los niños rechonchos, tienen que ser flacos, atléticos, para mí es como mirar una modelo para un hombre, ¿acaso un hombre no tiene preferencias?, ¿acaso no suelen los idiotas preguntarles a los machos si rubias o morenas? Con un niño una vez salí, era hermoso, fue mi primer amor. Pero todo dura hasta los catorce años, esta es la tragedia de los pedófilos, su fatalidad, el amor más radical imaginable, esa atracción inconcebible termina ahí, como un paro cardíaco, se termina todo, la película se apaga, 360 grados de negro. A los doce es cuando más apetecibles son, pero después se interrumpe. Nadie entiende el amor a los cuerpos infantiles y entonces lo criminalizan, lo ahuyentan de ustedes mismos. Los mayores están demasiado desarrollados, yo puedo ver eso en sus ojos, la depravación, pero los chicos son una experiencia pura. Después un día se termina, el niño nos traiciona y se vuelve formado, por un lado digo bueno, lo acepto como una limitación, no podría ser de otro modo, no podemos impedirles que crezcan, enjaularlos para que no se les estiren los huesos, mantenerlos en formol, en frascos como los fetos

estudiados por la ciencia, y por otro lado esas horas o esos días que se pierden cuando son niños son irrecuperables y uno quiere tenerlos todo el tiempo delante. Bueno, eso mismo debe pasarle al enamorado, para ustedes en cambio existe la vejez, ahí les linchan cualquier idilio, se están besando en un prado y las bocas se secan y de las cloacas salen parásitos. Con los niños rubios veo rojo. Los políticos, la policía, nos hicieron mucho mal, no somos como nos muestran, ustedes le hicieron mucho daño a esta inclinación. Ustedes son unos fracasados y se la empuñan con nosotros por celos, como un volcán metido en el témpano solo pueden desear lo que les está permitido. Pedófilo, esa palabra te marca. Incesto, perturbado, eso nos marcará hasta el nicho. Ustedes me sacaron para que hable y después directo al calabozo sin cena.» Se corta la cinta. Silencio en la sala.

Solo se puede vivir retrospectivamente. El terror privado de pensar en mamá y papá. Pero yo tenía talento para el enamoramiento mamá, lo teníamos juntos cuando nos dábamos mordiscones y yo metí la cabeza entre tus muslos, pero siempre intenté ser fuerte y no pensar. Yo siempre asistiendo a la escena melodramática, al chichoneo en la mesada o en los umbrales, afuera, siempre necesitado imaginando acabar encima de las sobras, él te sobaba, te dominaba y te dejabas y después volvía cuando estabas acostándonos o bañándonos con ese balde de agua fría, frotándonos rápido a todos con la misma toalla y el mismo chorro. Vos venías papá y eras un plato volador y ella nos mandaba a dormir como estuviéramos. Después me despertaba con el pito en alto.

¿Lo que tengo para decir, fiscal? ¿Me puedo sentar? Me tengo que quedar parado, me quedo parado. Me quedo así, no hay problema. Me dicen que no soy claro. El deseo es pederasta entonces, sigo esa hipótesis. Nada que ver con el amor. Por qué entonces lo amontonan como congrios enredados en un reservorio. Como huevos de aves rapaces y cadáveres de tortugas en sal. El deseo es el deseo, como va a ser legislado, es una puesta en absurdo de vuestra legalidad, de vuestros pruritos, allá de donde me sacaron a punta de fusil había una pareja de granjeros, católicos, moralistas, educados y de lo más amables, repartían sus cosechas entre la gente más necesitada, mantenían el local de quesos, mieles con jengibre caseras y se veía que tenían una

relación con sus hijos de respeto, rigor y religiosidad. Pero al señor esposo le gustaba meter los dedos en el sexo de sus cerdas, revolverlos ahí, estimularlas, chupetearlas y tener idilios anales con su mujer en el fango al mismo tiempo que con la chancha, después se sacude el miembro el granjero enflaquecido de sombrero y botas hasta eyacular en la cola de la puerca rosada. Su mujer con los pechos al aire detrás de un jardinero la limpia con un repasador que dejan ahí preparado para la próxima. Y qué importancia tiene, por qué decirle a eso zoofilia, fetiche, libertinaje, desviación, quizás sus hijos puedan intervenir más adelante en esas escenas y terminen todos juntos estimulados y en cuatro patas antes de ser llamados a cenar. Yo soy un liquidado, por debajo de la tierra en Chernóbil veo a los hombres con sus pies bailando en mi cabeza, a mí me comieron los sesos, yo no cuento. Les cambiaban a los soldados un minuto en las proximidades de Chernóbil contra dos años de ejército en el frente y ellos iban con los trajes espaciales, limpiaban con guantes. Caían en la peste en los días sucesivos y hasta las familias los cubrían sin poder mirarlos. En el sarcófago de Chernóbil está mi ánimo. Al hospicio, al orfanato o al asilo hay que ir. En Bielorrusia entregan a los deformes al Estado y hacen que vivan ocultos a la mirada del público. A veces los llevan y los mezclan con aves de corral con tumores batiendo las alas en la zona de exclusión y en los bosques rojos con ardillas como fogonazos. Socorro, me van a matar, socorro, me van a matar, grité ayer en la celda. Una colección de chicos subnormales y sordos me llevaban por la arteria del delito. Lo que ocurrió podía no haber ocurrido, o lo que no ocurrió podría haber ocurrido, así es. Ayer salí corriendo como un pollo sin cabeza y ningún escolta me vio.

Y todavía mi atracción romántica sigue mientras me quieren rematar. Socorro, me van a lapidar esta vez los que dan inyecciones. Auxilio. Mi mamá podría ser un perro. Yo podría ser un perro. Todo esto podría no ser más que una perrera. Mi vida depende de echar una moneda al aire. La de ustedes también entonces todo este armado, esta seriedad acerca del pecado, esta acusación con papeles, estas denuncias cuando ninguno podría recordar quién fue un año antes o quién es cuando se apaga la luz y el otro se duerme. Le escribí una carta inmensa a la única mujer que deseé si es que se puede decir algo sobre el deseo sin volverse un criminal, la escribí sobre un papel blanco

y en tinta de pluma. Pensé en entregar la misiva a una paloma mensajera, a un águila real, pero no tengo confianza en el hombre que podría abatirlas. Me estoy volviendo un diagnóstico. Miraba de niño cosas incontrollables, cosas que no estaban a mi alrededor. Seguía en el aire cosas que los demás no veían, no cohetes, no aviones largando misiles, era algo asombroso. Tenía amigos imaginarios. Algunos mordían, yo tenía ojos infrarrojos que veían en la oscuridad, es lo que me enseñaron para defenderme por las noches en las bolsas de dormir cuando entraban y se hacían un lugar los convictos y rezagados. Dicen ahora los especialistas que son efectos de la radiación de la época, que todos los bebés dejados en cunas de los orfanatos morían sin ninguna enfermedad visible. Te amamos, te amamos, decían mis padres al borde del llanto pero eran luchas que no querían librar y sé que una o dos veces estuvieron a punto de despacharme sin que nadie los viera, habían planeado todo. Armaron un bolso con las necesidades básicas, salieron, ella con un pañuelo, él con un sombrero, a dejarme disimulado por ahí, total, un hijo de la ofensiva que es llevado en alza hasta el fondo del pantano qué es. Me tenían miedo mamá y papá. Arrebatos de un caso único. Mis padres avanzando con la bolsa, yo dentro, dispuestos a dejarme al pie de un árbol o colgado de algún picaporte con el cartel de venta. Mi proceso se armó en mi naturaleza. Confundido así nací con la mirada bizca en sus tetas, mi propio enemigo fue mi nacimiento, hasta el parto estuvo bien, ella había depositado todas sus esperanzas. Todo este Tribunal y todo este recinto montado con sus muebles, sus luces, sus horarios y sus micrófonos podría no ser más que una perrera sucia y sin habilitación de las afueras, paredes cagadas con letreros, inspecciones fraudulentas y maltrato. Sé que no me entienden, pero esto es en cierto modo lo que quería decirles, si hablamos con seriedad, si quieren dejar el ruido, no hay manera de controlar el deseo, como las patas que raspan y rayan las nalgas de su dueña, no habrá manera nunca.

El señor de bigotes finos y ojos grises acondiciona el subsuelo, lo insonoriza y teje una vida que no será contada por nadie, entonces una tarde al salir de la escuela mete a su hija rebelde, el techo sobre la cabeza. Sabe que a ella no le gusta lo que él le hace, sabe que le hace mal, pero no puede evitarlo, es más imperioso que él esa dependencia, ella le pertenece, ese sótano es su dominio. Después le hace ocho hijos, algunos los deja, otros se los lleva para

criarlos con su señora. Pero dicen que padre e hija fueron atraídos el uno al otro magnéticamente desde el primer instante. Durante el verano de su pubertad hacen el amor en una furgoneta de trescientas a cuatrocientas veces. Eso no lo contaron nunca los corresponsales, eso dicen algunos vecinos, otros cuentan que él era un déspota, que le decía a su mujer gorda no comas más y le controlaba cada bocado hasta hacerla escupir. Vivían el secreto como una losa. Él falseaba una vida normal y partía a hacerse masajes en las playas de Tailandia dejando a sus prisioneros con las ratas y solo volvía para revitalizar a los cautivos con provisiones compradas en un mayorista apartado de la ciudad y darle un *babydoll* a la hija. Cada intimidad de las casas, cada pórtico con jardín, cada decoración interior y cada cochera con cobertizo en las navidades tiene su apetencia sexual y sus derivados y cada familia es un apetito incontrolable.

No tengo más palabras, quedan mis dientes apretados sin que puedan despegarse. Estoy aguilotinado, fui cazado y espero salir con una pierna y un ojo de menos pero anochece y ya dejo de sentir la pierna y el ojo que queda no ve ni los refulgores de la carretera ni los rumiantes, uno a uno el saltito inocente al pavimento. Me inclino por la gente que vive en el campo, ellos no tienen nada que corromper, qué van a corromper, el cuervo que viene a cagarles la huerta, yo me veo forzado a tener que ser original, a tener que moverme como frente al Muro de las Lamentaciones. Lo de ustedes es una estafa, me hace pensar en mis vecinos, un día escuché el alarido de uno, un tal B., el hombre más sensato de la comarca, siempre estaba mirando lo que los vecinos hacían por la ventana pero sin involucrarse, comentando por lo bajo los infortunios de viudas, prostitutas y separadas, cauto, parco pero moralizador, un poco 1942, y los vecinos que señalaban por ahí, por ahí, en ese pasillo vive la señora X. Hasta que un día su única hija murió atorada, un par de moscas de esas que viven pegadas al plástico de cocina o de abejas que entraron en su tráquea cuando aspiró, la sala de emergencias local, cerrada por *congé*. Todo siempre cerrado, fuera de servicio, clausurado. Ese día pensé que rompería la ventana con un martillo, que haría un incendio forestal, una congoja a gran escala, que vociferaría acuchillándose el pecho, ustedes me hacen acordar a él, supongo que habrá muerto una semana después en su litera. El hombre en todo su esplendor es alucinante, lo toman de rehén en el

Bataclan, tienen en la cabeza el botón de los explosivos, ven montañas de cuerpos, mandíbulas mezcladas con brazos y cabezas y en dos días retoman el trabajo y van a los bares *happy hour*, porque el amor debe ganar. Otro vecino torturó a su caballo más viejo atándolo a una rueda y haciéndolo girar hasta quebrarle las patas, vino la policía al alba, más tarde se hizo pastor y ayuda en centros benéficos, dicta clases en las cárceles, auxilia a los moribundos, no se entiende nada, ya sé, lo que digo es que muchos encuentran el bien, la redención después de cometer un acto feroz. O el otro que desenterró a su mamá del cementerio del poblado para darle vuelta la cabeza con un destornillador y que pudiera mirar hacia donde él vivía ahora, una cabañuela más al Este de la región. El bien puede ser terrorífico, y el mal, redentor. El bien puede ser nocivo, culpable y el mal ayudarnos a sobrevivir.

Sé quién querías ser papá pero no te atreviste como decías a encerrarte en una torre a la que no pudiéramos subir hasta que vos dieras la orden, ni siquiera como yo a terminar disfrazado de naranja. Y ahora me tiras a los pies y tengo que salir dando brincos como un impala. Voy a cargar con eso todo lo que queda, todo el descuento hasta llegar al nivel cero. Vos decías siempre que todo está tan lleno de compuertas que es difícil saber por dónde deben entrar los padres y dónde los hijos. Vos me metías en pasadizos, me cruzabas por la noche como una hiena, siempre decías que era así, que nadie puede saber casi nada y con eso nos engañabas, especialmente a mí que no entendía si debía admirarte o ir a buscar la carabina. Todos esos años de puertas contiguas sin entender quién era, a qué puerta ir y a qué edad.

La vejez no me deja opción, la garganta cascada, el ocaso del monarca. Sentado en esta reposera el mar allá vamos quedando desparramados en la orilla. Algunos meten en el congelador a sus seres queridos y cobran la renta, el cuerpo de la madre cubierto con hojas plegadas y prendas de vestir. Todo se somete a la autopsia, el amor de un niño, una larga mentira. No la verdad de los vivos por sobre la de los muertos, al revés. Los muertos siempre tienen razón para la ley, los muertos hacen la ley. Fue movido al menos dos veces al sudeste en un autito en la misma carretera rebosada de vehículos familiares. En los alrededores de las estaciones de servicio con mesas de cemento al sol.

Ahí donde reina la Constitución por detrás se fornicaba y yacen entre árboles y defecaciones los padres biológicos. La perquisición ni se llora. Se venga una vida entera. Y los que van en moto haciendo pavadas y graban y fotografían a sus hijos y son indecentes en los velatorios. Los que se imponen muertes muy lentas con tubos de oxígeno, cables y obligan al resto a tener la mano y negar la eutanasia en nombre de lo filial. Los abogados son un chiste, yo miro una claraboya hermosa por la ventana de esta sala. Desde el inicio de las audiencias e interrogatorios pienso en *boucle* esto no existe esto es un delirio bobo esto no puede estar siendo. Los abogados buscan humillarme y son idiotas. Idiotas es un elogio. Hay algunos que se contienen porque saben el daño que causan, qué es eso de causar daño, todo causa daño, esto causa daño, los jueces causan un gran daño, como hay heterosexuales monógamos que causan daño. Lo que hay en el fondo es miedo a la policía, el miedo, la gran pasión del hombre, es lo único que lo frena.

Afuera están mis fans. Esperan a que me vuele los sesos indicándoles el camino a seguir. Vienen a buscarme como podrían ir detrás de un ganador de un premio o una estrella de rock. Algunos trajeron flores y regalos. No quiero mostrarme orgulloso como si hubiera cumplido la hazaña de subir la más alta de todas las colinas. ¿Puedo leer una carta? Aunque sé que cualquier cosa puede ser usada en mi contra, pueden tomarlo como parte de mi deseo final, en vez de un almuerzo en KFC o cigarrillos armados. Al nacer estaba persuadido de que todo podía ser amor. Paso por un místico en estas cámaras. Trituro fármacos a la espera. Antes tenía otra personalidad, sin pensamientos tenebrosos, incluso en la trinchera pensaba que el mito era posible. Ahora me encuentro en uno de los pasillos soviéticos con una torta de dos pisos y crema artificial para el gran dictador y no sé si me pegará un tiro en la frente cuando se la dé. *Happy birthday, dear dictator*. En algunos días más acá, semanas tal vez, mis secreciones pasionales se agotarán del todo y me quedará cuerpo de longevo con ganso suspendido sin nada que sacar, ni plumas ni brebaje, imagino al granjero que goteaba sobre la cerda de su corral agitándose, más más más le pedía a su macho estirado, dame más pedía la chancha. Yo no voy a arrepentirme de haber matado lo inimitable. Nada en el mundo, ni sobre la tierra ni en el cielo no lo vale un segundo aniquilarnos, ella sí, ella un día me dejó como solo una madre puede dismantelar a un hijo. Leo sus últimas

palabras que empiezan a estar fechadas, ya somos leyenda cerca de la sala de reanimación. Me llevan de vuelta esposado. No me importa si no me ama, ya es secundario que no me ame. Lo importante es no dejarla de amar nunca yo, velar por eso, que uno de los dos mantenga la cera abriendo la herida. Este mundo está lleno de mal, el mal del que me acusan, si fuera cierto, si lo hubiera provocado, sería solo la consecuencia. ¿Cómo se juzga a un prisionero de guerra?, ¿como si hubiera vivido pacíficamente?, ¿como si no hubiera tenido desde la primera succión un cañón en la fontanela? Y además, por más imposible que parezca para el código, el sometido puede gozar más que el monstruo sometedor y pedirle que recomience. Duermo con mi cuerpo en el sótano. Ahí brotó un sentimiento sin precursores, tenía dos años, no sabía por qué tenía que caer tan bajo, por qué mis padres me hacían dormir cerca de hombres con balas en el cerebro y tanto apetito. Tampoco es que eso que me hicieron lo justifique todo porque nada justifica nada.

Manténgase sentado. Este juicio parece una comedia del arte, deje de alargar las cosas y siéntese como corresponde, no se haga el bufón. Usted está acusado de corrupción de menores, concretamente pesa sobre usted la acusación de haber conducido, la Nochebuena pasada, a una menor cuya identidad no revelaremos en esta instancia. La menor en cuestión, en aquel momento, se encontraba perdida en los caseríos y establos del *village* e iba a los tumbos hacia su casa, quizás para pedir ayuda, quizás porque no veía por dónde andaba, quizás atraída por la única luz de ese camino, no podemos desgraciadamente saber lo que pasó por su cabecita. No sabemos qué hacía usted en ese exacto tiempo ni cómo fue que la secuestró pero la menor aparece diez horas más tarde en una parte disimulada del bosque entre su residencia y el derrotero, a unos pasos de la zona de residuos y el aguantadero de autos. No sabemos si usted le ofreció manzanas, si fue corriendo a su encuentro, si le tendió una trampa. Aparece, digo, profanada y muerta diez horas después. Los vecinos son alertados por los enérgicos ladridos. Su abuela la perdió de vista y según la descripción coincidente de todos los testigos usted se aprovechó de tan calamitosa circunstancia para arrastrarla. Al abatirse la tarde la abuela creyó que la niña se encontraba en el jardín jugando a las escondidas entre los grandes sotos, la buscó toda la Nochebuena hasta que pudo ir a lo de un vecino y llamar a la prefectura, pero la agonía recién empezaba. No pudieron rastrear

la zona hasta el amanecer, demasiado tarde, los perros estaban afónicos. ¿Escuchó alguna vez tres perros afónicos sonar al unísono? Testigos afirmaron que la sombra caminando hacia lo más denso de la enramada era la de usted, su contextura física, su andar. Y además encontraron el siguiente texto en uno de sus archivos. Paso a leer citando al presente acusado: «Solo quería ver qué se sentía asesinar. Jalar la cabeza por el cuero cabelludo. Tenemos el poder en las manos, la mayoría quiere hacerlo pero no pueden por recelo. Los que lo logran, controlan la vida. Pero hay que tener sed. Si aprendes lo necesario para matar es como cambiar un neumático. La primera vez tenés cuidado, para la trigésima vez, no recordás dónde dejaste la tuerca, sentís el último respiro salir de su cuerpo, lo estás mirando a los ojos, una persona ahí muriendo en tus manos como un relámpago. Matalo, matalo. Eso es lo que nos dice la mente. No la mía, la de chicos que empiezan a hablar. En cuanto superas el momento de no puedo hacerlo, es bastante agradable, bueno, estoy un poco nervioso y me río con la inocencia del que cree matar solo una vez. Hay una niña allá afuera rondando y sabés que podrían ser sus últimos pasos. La vida son episodios aislados. Tipos bajo tu ventana aplastando el cigarro con la suela y hablando pavadas o mirando la televisión. Si no se apuran, puede que sea la última risa. Pero no estás decidido, no del todo. Atacar es una digresión más, una contingencia. Y de todos modos la muerte más escandalosa con los elementos más truculentos se vuelve ligera dos, tres, ¿cuatro?, ¿cinco? días después.» Es mi honor y privilegio como jueza sentenciarlo porque no merece caminar fuera de una prisión jamás, no hizo nada por controlar lo que sentía y ha dado todo su mal al mundo. Dígalo, admítalo, no hizo nada por no ser un monstruo. Pocas veces me tocó estar frente a una especie como usted, me alegra tanto poder sentenciarlo a no ver nunca más el cielo, a que el cielo solo sea un peso.

Me pregunto qué será tener un hijo que va a envejecer, saber que no verás envejecer a tu sucesor, esa larva degradante, pausada, continua, que no notamos y notamos de muy cerca como un águila de cinco metros en una playa cuando ya está encima de nosotros. Te pienso papá no como anciano sino como hombre joven, te pienso como el hombre que fuiste antes, el que podías haber sido sin tenerme. La angustia es lo único que no nos miente. Me sometiste a las chanchadas sin coto dejándome en los pelotones en las

guardadas, ningún adulto era adulto, solo más altos que nosotros en el piso, temblaba, como un objeto que no se puede encontrar en una casa del siglo XVIII y se lo busca toda la tarde, como un autista con casco rojo al que hacen reír para que no se dé contra la pared, me diste mi primera experiencia cuando estaba en la guardería.

Todo lo que dice en mi contra no son más que hipótesis, vi el mundo ir hacia allá y lo vi venir hacia acá moviendo la cola, ustedes lo toman literal, nada de todo, ninguna acción puede ser literal, las palabras menos, cómo pueden tomarse en serio palabras escritas. Una noche de amor tampoco puede verse como algo literal. Un juicio debería evaluar lo que pasa en el decorado posterior, no el trance visible. Nada de lo que pasa acá y yo digo, y el taquígrafo anota y la jueza lee y yo vuelvo a pedir la palabra y nada de todo esto es real. Son textos aprendidos. Todas estas notas encontradas en mi diario no prueban nada, eran para investigar a los asesinos, para escribirlos, para entenderlos. Escribir no prueba nada del hombre que escribe. Lo que se escribe uno no lo escribe. Escribir no es vivir. Vivir no es nada. Como no prueba nada del acusado la mirada de odio de los vecinos. Me dicen que tipologías como la mía no deberían existir. Que habré nacido de mi madre como un cangrejo para atrás destrozándole el sexo. Al parecer después de mi ejecución mi cuerpo será mutilado e incinerado para que las cenizas sean proyectadas a un río de desagüe o a un tubo con cloro. Mis semillas junto a las cucarachas, ratones, epidemias de chichas de los barrios que se caen a pedazos, no porque la gente sea mala, nunca es porque la gente sea mala, tres, cuatro, cinco generaciones perdidas y ahí estará el resultado del abusador en trenes de suburbio o del depravado de la manzana, bebés que nacen para caer o ser deformados por la libido. En Corea del Norte es el año ciento cuatro por la muerte del abuelo y los niñitos cantan el «Cumpleaños feliz». El mundo es una sucesión de roedores con cola, una sucesión de conejos retorciéndose blancos y graciosos en la calzada con los faros en las pupilas dilatadas. Norcorea se prepara para una guerra con tanques con Estados Unidos y hacen vivir sin porno a los adolescentes.

Joukov imitando los gestos de Stalin. Stalin se cruza de manos, Joukov se

cruza de manos. Yo quería existir dos veces. Yo sé que no lo valgo ahora, la ignorancia no me exime de la responsabilidad de mi error, transgredí la ley, aunque la ley esté mal, aunque no hice nada de lo que me señalan y la ley sea un traspie de principio. Un error peor que la ilegalidad, infringir algo injusto y pagar por eso. Hay tanta confusión acá, una niebla se cierra como mi familia. No sé si nací de mi madre o de otra, una mujer que llegó conmigo a medio salir y me entregó en un pasadizo a la que fue mi madre, para después tirarse desde la terraza a los cables y las azoteas electrificadas. Fuga tras fuga, yo no estoy con los castigados. No aparezco en la lista de excomulgados. Nada más lejos que declararles mi afecto a las víctimas, ellas ya tienen de sobra. Son las víctimas las únicas que no son abandonadas, a las únicas a las que escucha este siglo, a condición de que sean víctimas ideales. De que sean sus víctimas. El sistema las designa y nosotros compramos. El mercado nos las muestra y nosotros prendemos velitas. Aplastar a todos. Que vengan a tragarse mis últimas chispas, el goteo es pobre y ácido, pero queda. Que venga la caballeriza de Estados Unidos a atacar en la polvareda sucia y calurosa, que venga el ejército de los cuerpos colgados. Joukov imitando los gestos de Stalin. Stalin se cruza de manos, Joukov se cruza de manos. Ahora estoy pensando en el mítico viaje de regreso de Giverny únicamente desesperado de amor, cualquier reo tiene algún momento legendario al que volver antes de la detonación. El día que una mujer me leyó la mano y vio que estaban hechas para crear, la vez que mamá profesó que yo era alguien y se sentó a escuchar, una carrera delante de la policía en la que llevo media cuadra de ventaja o una noche de cowboy con mi brazo en alto entre terrenos plateados.

Empezó el expolio de Europa. El terrorismo ceba al terrorismo y pasamos al acto, no por complots eficazmente preparados, se copian los unos a los otros. Eso sí, la Torre Eiffel apagada en solidaridad con los ingleses. Desde el comienzo del año la Dama de Hierro sumida en la oscuridad varias veces como resultado de los bombardeos en Manchester, Estocolmo, Londres, San Petersburgo, Quebec, Kabul, Bagdad, Minya, Egipto. Salir a caminar al costado de la calzada y terminar rodeado de tractores y montañas de autos en desuso. Desertar. Ser un extraño nativo. Formo parte de la manada de hombres que tienen miedo. Los que tienen miedo no pueden amar la guerra ni las

mentalidades mortíferas. Hubiera participado en todas las carnicerías heroicas si no.

Hay vidas que empiezan en derrumbe como no vuelven a montarse los pisos de un edificio en escombros, mi corazón inclemente, pero sufrir era al menos una forma de vida. Estoy discapacitado, la mano derecha tiembla, el dedo índice me duele asombrosamente. Y sin embargo escribo, como un soldado debe seguir cuerpo a tierra aunque se le hayan desprendido los miembros, el casco metalizado en el cráneo aunque esté acéfalo. ¡Cuerpo a tierra, soldado!, la orden es la misma para un historiador, ¡escriba, idiota! Un amparo temporario. Los ojos que te vieron como tenebrosa emboscada bandean su arco fatal. Distante, rea, solitaria. Conozco ese engranaje, ese ciclo, enamorarse, amar y que todo parta sin los velos en humo incinerado. Nuestros padres envejecen y mueren sin que podamos conocerlos. Adiós, desconocidos. *Au revoir*, viejos. *À jamais!* Si me muevo un poco, un paso a la derecha, bum, me explota todo, me tienen agarrado de las esposas en la pieza de un metro cincuenta estos carceleros de la democracia, las muñecas bombeando rápido. Si no me muevo, bum, explota también, es el juego en la noche de penitencia. Movete o no te muevas, mentí o decí toda la verdad, meate o intentá llamar a un guardiacárcel, sé terrorista o héroe de la patria, desea o nada, vas a perder.

Las niñas saborean que les metan mano y más cuando se trata de un chico que les gusta, no hay de qué espantarse, estas niñas se dejan manosear en público y en privado que les hagan todo lo demás, si yo estuviera en lugar de un chico al que miran o merodean yo tampoco se la perdonaba, mínimo ya le hubiera metido un dedo ahí. ¿Es malo? Las hay niñas que están de puta también, muchas se hacen las inocentes pero en el fondo son mujeres y les puede gustar tanto un chiquito como un señor, lo salvaje no distingue. Los moscardones me dan vueltas zumbando más *zzzzzzzzzzzz*. No escucho nada eh, no tengo oídos, los dos perforados. Se me meten como rayas con agujones, como sanguijuelas. Antes de que se den por enterados los padres, es el final de todo. Los niños crecieron y se fueron a estudiar, a pescar o a meterse *crack* en los acueductos y la esposa que consiguieron no mira nada más que la planicie, como un clown. Entonces el marido cuelga su capota.

Si hubieras dado a luz cincuenta años antes, si me hubieras parido cincuenta años después, si hubieras parido a otro con mi propia cara, estaría sentado frente a las teclas y ustedes en el palco con binoculares. Quizás la reina, quién sabe, en la sombra. Quizás los propios jefes, dejándome tocar para ellos. Todos de pie. No tengo latidos que ofrecer. Escribo en mi diario, podríamos haber sido más bellos que todos los comunistas acibillados sobre los tanques. Tengo el brazo entumecido, no sale nunca, las hojas están mal puestas, oleajes malvados. Ni una sola refulgencia. La carcoma progresó degenerada. Qué comedia la enfermedad declarada. Qué farsa la pasión entre dos y todo lo restante. Qué pasó con mi futuro. Tuve solo un comienzo promisorio el día que me llevaste con pantalones ingleses y zapatos con cordones a ver al gran pianista y él dijo que veía en mí el germen de un destino. Pero no pude comenzar, no pudiste ayudarme, la historia lo absorbió todo. Qué faena una tarde como la teoría del cero que me intentabas explicar entre tiros y paquetes de alfalfa, papá, así no podías inculcarme otra cosa que no fuera cuerpo a tierra. Fui a ver pinturas hoy entre los barrotes, me llevaban desnudo y en alza. Dos cuadros de ninfas del siglo de la física, esas maravillas me apalean. Te veo, te siento a los doce, a los trece, un imposible. Lo único que lamento es no haberte conocido antes. El deseo último, el más intestinal, el único deseo genético es haber vivido ese fantasma, volverte un cuerpo chiquitísimo, plegarte como un bebé, como el bebé plegado que fui en tu cuerpo, una noche en un hotel retirado y sin esplendor, el viento desfila sobre la ribera acelerado, tu cuerpo puede desaparecer en un raptó detrás de un soto o de unas dunas, en centellas del desierto y descargas puede remontarse hacia las alturas. Los edificios de piedra tambalean. Antes te meo la boca, como nos meaban a nosotros los delatores, la abrís bien, te da asco porque sos chiquita ahí aunque sos anciana, te salgo por la nariz, no es tanto lo que quiere un hombre a fin de cuentas. Arrollar. Ser la estrella de sus progenitores, ser su causa, el vástago ideal. Volver al final de una larga noche marcando las huellas de sus pies por el arenal.

Basta de palabreo, esta es la última vez que voy a hablar delante de su señoría que todo cansa ya. Se me atribuyen los delitos de violación en grado de tentativa, extorsión, robo en perjuicio de la libertad sexual. Se me atribuye haber obrado en calidad y conocimiento cabal de la ley número tal, que luego

cuando termine podrán buscar en los archivos o folios, e inciso tal con vigencia tal y tal con mayoría de edad y nacimiento registrado en el año tal, todo esto se puede comprobar rápidamente y no tiene sentido apuntarlo ahora. Pasé ya por interrogatorios en el sistema acusatorio en las audiencias y por contrainterrogatorios, pericias, cámaras ocultas, fui claramente amenazado, incitado al suicidio y amedrentado, tildado de criminal y pedófilo y finalmente, de simple lacra social. Mostraron piezas, pruebas, procediendo a dar por culminado y clausurado mi estatus de victimario. No espero agradecerles. Yo estaba en otra parte cuando el crimen empezó, si es que ocurrió, si es que se desarrolló según lo contado en este recinto. Quiero que ustedes se pregunten si el que yo sea desagradable es razón para dictarme sentencia definitiva, hablaron de un despliegue de técnicas para velar mi responsabilidad. Hablaron de restos genéticos, agresiones, lesiones, intenciones de acceso carnal, golpes de puño, lesiones en la zona bucal, fracturas, asfixia mixta, estrangulamiento y sofoco, es decir, deliberada intención de quitar la vida. Cosificación y plan criminal femicida con el fin de satisfacer mis llamados más bajos instintos. Me revisaron, me auscultaron, me hicieron tacto rectal, me extrajeron dos dientes, pero no encontraron nada porque no tenía necesidad de matar, si hubiera sido así habría destripado un bisonce sin tener por qué dar explicaciones. Sin embargo me adjudican un homicidio agravado. Este es un pésimo alegato de cierre de mi propia defensa. Me estoy durmiendo mientras anuncian el veredicto, realmente no puedo frenar los bostezos. No es una provocación. Se me cierran los ojos. Salí a fumar y me estoy durmiendo porque hace meses que me juzgan como un hombre que no me corresponde, que no soy, que no tiene mi cara ni mis manos ni mis huellas dactilares así que no puedo identificarme con su suerte porque no es la mía, desde el principio todo está adulterado, habría que cambiar la etiqueta, la botella, el dopaje y el líquido para saber lo que están ingiriendo. El perito lee y repite lo mismo durante cuatro horas de diferentes maneras, repite y repite lo mismo una y otra vez. Cinco minutos de receso y todos se van al diablo. No queda ni el abogado de la acusación.

La encontraron en un pozo entubado chillada por perros, pregunta; ¿y si fueron los mismos perros queriéndose autoinculpar? Ellos sabían que les esperaba ser sacrificados en una mesa con una espada y podrían haber corrido

tierra abajo clavándose las pezuñas, podrían haberse ocultado dentro de un camello, podrían haber nadado hacia otro municipio y sin embargo ladraron hasta hacer visible el pozo, llevaron a todos los gendarmes hasta ahí. Esos ladridos eran tan agudos, tan sufridos que parecía que en una laguna barrosa uno de ellos hubiera sido atrapado por un cocodrilo. Aténganse al caso del juicio penal, empiezo a perder todo decoro y decirle que ya estamos realmente hartos de sus digresiones y vamos a tomar medidas que sancionen su forma. Hasta acá llega ese olor a hierba cocida, las voces son órdenes, cucheta, orinar en el inodoro de acero, no se puede usar cinturón, en la celda de ocho metros con una ventana al exterior que tampoco es afuera, una alacena y un artefacto sanitario con lavatorio. Celda de sombras, el encierro doble, por cuestiones humanitarias apagan las luces. Veo en una oscuridad idéntica a mis padres una noche en que nos mandaron a dormir a las cabinas y parecía que se iban a matar, nosotros no sabíamos cuál de los dos caería, cerrábamos los ojos, hacíamos apuestas, la veíamos a ella, los pelos derramados, el pie torcido, lo veíamos a él, el mentón como un cubo en alto, pero cayeron los dos y tras una larga pausa que fue toda mi inocencia se levantaron juntos, ayudándose para no perder el equilibrio. A las rutas provincianas con puestos de cerdo y frutas, a la arena rubia y al calor, casi no las vi, todo eran guaridas y suplicar. Ahora es el último tiempo el de los apremios ilegales. La pared de hormigón, el patio, pasar el día en la mazmorra, recuento de seguridad al levantarse, cacheo, 1.930 reclusos, sector 1H. Cada inicio de día se hacen cuatro o cinco recuentos, el último a las diez de la noche y después las recorridas nocturnas, peor que las de la sabana africana, peor que ser alcanzado por una tropa. En mi sector están los violines, en otro sector, en otro módulo, un mataguachos. Yo no tengo mujer, aclaro que no tengo hijas ni nada de plata para poder comprar en la proveeduría. Yo no vengo con nadie, no hay visitas programadas ni higiénicas. No tengo familia. No soy hijo, no soy hermano. Algunos tienen cuchara, la comida viene molida y los de mi pabellón tienen cuchillos que se doblan.

Nuestra generación nos arruinó la vida, nos embaucaron, nos dejamos mentir, les mentimos a los que vinieron después, les mentirán a los siguientes. Yo les pregunté: ¿por qué nos estafaron? Los que nos decían que los chicos pioneros en Moscú estaban ahí levantando el puño y diciendo: Seremos como

Él, los libertadores, los que sean. Al final todo se divide en una lucha entre el bien y el mal. Yo llegué a esta pregunta: ¿soy capaz de dispararle a un tipo desarmado en un sótano?, ¿soy capaz de dispararle a un campesino que no se une a nuestra lucha en la mazmorra? Usted mi señoría, usted Madame, usted oficial, civiles con voz y voto que van a juzgarme, esa es la diferencia. Todo lo demás es acumular ruido. Serías capaz de cerrarle los ojos a un aldeano con un fogonazo de pólvora. En ese túnel yo estuve armado y no disparé.

Llevo un zapato marrón y uno negro. Estas consideraciones no son tristes, son combativas. Está permitido matar a tu hijo si te discute, así es en otros parajes. Toda la Unión Soviética un gran campo, toda Rusia convertida en una serie de islas y lagos parricidas. Las mujeres abortan con cuchillos de oferta de los mercados dominicales. No necesito ese paraíso que aplauden los delfines y auspician los predicadores. Todos los días la misma comida, todo el año la misma comida. Solo comemos carne cuando entra una rata en la celda, la atrapamos, le sacamos los ojos con algún utensilio adaptado. La despellejan y la pasan por el fuego y ahí sí la almorzamos y no dejamos nada. La única solución que veo es que saquen a los asesinos del poder a la fuerza. Acá es todavía posible, allá no, tendría que haber un milagro. Lo otro es acostumbrarse a palmar en las colas y aceptar devenir zombis, la lengua lenta al querer hablar. Tengo alguna fe en los estudiantes, ellos son la única y verdadera energía. De los esclavos, de los esclavos intramuros, de ustedes, no espero nada. Sufrió porque no tuviste tu dosis me dice mi escolta y va otra vez. Controlar el corazón, no para dejar de desear, eso ya está conquistado. Controlarlo para no ser hombre. Dejarlas a las ratas caminar delante sin patearlas, dejarlas hacerme cosquillas sin pensar en saltar por encima. Por la noche voy a ver el que fui, me mira ese otro, con esa mirada de torsiones que tiene un bebé, horror sonrisa horror sonrisa, con esa mirada que no está mirando. La gente piensa que sabe qué son los campos, el presidio, los patios internos, las rondas, las duchas de los enrejados, el apartamento. El primer recuerdo que tengo es la pancarta con la hora, el día y el lugar de la ejecución pública. Muchísima gente como en los desfiles de Disney sentados, los pies subidos al cordón. Los prisioneros obligados a asistir o ejecución por cobarde. Los ataban a una soga y los detenidos eran eliminados. El susto es mi primera memoria, de eso está hecha. Los niños trabajaban en las minas. Otros

eran deportados por no usar la fórmula adecuada para llamarlo al General, pedir pan por la mañana sin la receta camarada, usar un diario para fumar o si en el diario había una foto del Grande. Los venían a buscar en medio de la noche, separaban a las familias mientras los demás hacían que roncaban cagados, eran chicos como yo que los veía irse hacia la adultez en un vagón sellado.

Papá vos volvías de esos cuartuchos ubicados en el polígono industrial cerca de la localidad de Blois, la vez que fui a buscarte te vi en una cama doble, almohadones viejos, lubricantes. Después de la hora, en el caso de que el cliente quedara satisfecho y pagara el precio que corresponde, podía llevársela a su casa. Te fui a buscar una vez. ¿Querría cambiar su declaración? ¿Se acepta culpable? Cualquiera puede amar, incluso como un loco. Amar se aman todos, cualquiera puede amar a un padre, yo diría que todos aman al padre, todos de una manera u otra se aman, el hombre es un chiquero de amor, un pelotero sucio de amor. No voy a cambiar mi declaración, no hice duelo de infancia, sigo gateando, sigo babeando, sigo en la sillita con babero.

Estos, respetable jueza, son nuestros niños. Esto es un niño, esto puede ser un niño, esto se engendra en los mondongos. Mi hijo será un arma letal decía mi padre en las tabernas, yo sentado en la caña con olor a cebada. Mi hijo no será solo un intento de hombre como los bichos que esperan convertirse para volar y, mientras, se pegan rudos a su corteza. Yo oía todas esas historias cuando iba de juerga con papá, un chico a los doce años durante un campamento de verano se encontró con un niño de cuatro perdido en la zona de juegos de un viejo parque pero en vez de ayudarlo a regresar con sus padres a las cabañas y sin pensarlo dos veces lo alejó más hacia el follaje, lo estranguló, le tiró con rocas en la cabeza, lo desvistió y le metió un pedazo de madera. Cuando la policía les preguntó por qué, los chicos solo dijeron que querían saber qué sentía hacer eso. Otros quemaban la tienda que tenían por casa y esperaban sentados a la policía que patrullaba. Ustedes, señoritas, eso cargan adentro, eso desean cuando se dejan regar desde adelante, eso confeccionan nueve meses, eso potan lento.

Ya termino, ya empieza el verano para los jóvenes, no para el viejo que sale de la casa y camina pensando que va por la nieve quemándose los pies. Hoy otra vez en los Champs Élysées chocó un auto terrorista de frente e incendió a un gendarme, los locales no cerraron ni bajaron la música durante el operativo. Los otros gendarmes lo sitian para rociarlo. Los chinos del pueblo comen ranas, insectos y peces agonizando en el plato y sonríen con el tenedor. Las prostitutas masturban a hombres en plena calle en pleno día y los chinos ricos contratan a gente pobre para que vayan en su lugar a la cárcel, aunque sea prisión perpetua, aunque sea pena de muerte, y post acuerdo le pagan a la familia una buena pensión vitalicia. Las asiáticas son capaces de pintarse como fantasmas, envolverse en tules, inyectarse sustancias que las blanqueen. Los ciudadanos llevan animales vivos colgando como llavero que duran hasta que el aire se les acaba y los asfixia. Y hay tribus y hay lugares en los que existe nacer sin sexo ni género, en los que el acceso carnal con niños está bien visto, lo que está realmente mal visto es desear a alguien de la misma edad, lo que está mal visto y penalizado es no ser homosexual, los hombres se casan entre ellos o son condenados, los chiquillos deben irse con mujeres grandes a los toldos para entrenarse y satisfacer a sus futuras parejas y, sobre todo, los hijos deben ver teniendo sexo a los padres. Con esto termino porque los fatigo y ya atardece sobre los drenajes donde los enamorados tiran sus cadenas.

Pero yo no me lanzo como ese reo que se tiró de punta al fiscal. Yo no me pongo a colapsar frente a la sentencia ni a tomar veneno en cápsula de un sorbo. Creo que eso debería ser atendido, no digo festejado, pero tomado en cuenta, yo no hago el show del ataque epiléptico. Una vez, cuando tenía diecisiete, le pegué tanto a un joven que estuvo sin poder comer, internado y alimentado por sonda. Yo pasé delante del juez, pestífero como estaba, y lo miré directo a los ojos, igual que ahora, tres décadas después, la estoy mirando a usted. Esa vez fui condenado a un mes de trabajos comunitarios. Me la pasé barriendo con un escobillón las hojitas frente a los hospitales de niños con patologías. Y qué aprendí. Y qué me enseñaron los castigos y advertencias. A ir amable por la vía correcta seguro que no, más bien a vengar injurias, no me enseñaron a sumergir en el río al que ama el agua, solo a alzar la cabeza muy alto para ver al cóndor.

Es la gran empresa de construcción el olvido, hay que trabajar de sol a sol y peor, no me alcanzan los días para intentar relegar el pasado, aunque solo trabaje duramente y ni me distraiga en respirar entre las varillas de hierro, se intenta olvidar pero nunca se olvida. La tontera del dogmatismo, estoy minado, el abatimiento, ese que quiebra las piernas y evapora la vista, la huida de todo lo sembrado. El amor y los tiempos del amor pautados, tutelados, ideologizados. La tontera del sexo y las órdenes para gozar, gocen ahora, jóvenes, gocen así, chicos, culeen así, traguen así y que eso les alcance. Los norcoreanos que logran escapar de las balaceras llegan por fin al Sur, están enloquecidos con poder caminar con libertad, no saben lo que es, qué importa, pero imaginan que debe ser algo fantástico, entonces entran obnubilados a un centro comercial por primera vez, caminan mirando las vidrieras hasta que se ven en el reflejo de una y se tiran del último piso a las escaleras mecánicas.

Camino en lo indefinible, mi boca, mi paladar y mi garganta se vuelven la tierra más árida. Una aridez que pronto descubriré más allá. Mis noches incluso iluminadas por las luces artificiales de la gran urbe son ilegibles. Me queda bien, sirve para caminar por este cuadrado que es mi ratonera. Ya no existo desde que me privé. Todavía una sensación única creada solo para mí, vivir sin vivir. Existir sin existir. Punto positivo que multiplica las reflexiones pero también los delirios. Me llama el celador para una requisa. Yo no respondo. ¿Qué hay más que una vida de suplicio? Seré liberado de este planeta. Veinte días sin agua, olvidado en un calabozo por haberme negado a la revisión. Igual se puede resistir chupando paredes. Me informan que no puedo ni siquiera apelar, sabotaste mi culo y mi vida entera, sociedad. Una vez que hombres, mujeres y niños judíos fueron ametrallados y arrojados al pozo, muertos o heridos, la tierra que los cubría siguió temblando. Los últimos movimientos de los heridos. En el mismo foso donde docenas y docenas de otros judíos habían sido estampados, definitivamente muertos porque habían terminado con la pistola, yo me acerqué curioso y vi un agujero en la tierra cubriendo el pozo, la sangre brotaba continuamente como una fuente. Responder a los interrogatorios como volver al pelotón. Voy a demandar a la policía pero antes sepan que niego todo. Yo no tengo conciencia, no me inquieto. Cuando era chico quería un hermano, lo quería y mis padres me lo habían prometido. Una parte de mí quería que viniera al mundo, tener a alguien

más para que siempre estuviera conmigo, un hermano que sacrificara su vida para seguir viviendo juntos. Dos veteranos en un tractor con las insignias y el uniforme, con nuestras palas y nuestras herramientas cantando el himno en lengua foránea. Y cortaríamos leña, juntos, uno el golpe, el otro el tajo, y podríamos beber The Glenlivet hasta dormirnos cada uno en su silla mecedora y podríamos besarnos de tan mamados. Ya sin padres pero más juntos que cualquier matrimonio, unidos por el mismo cordón volver a casa cagados de tan felices. Alguien que después, ancianos, apenas salido de la habitación pudiera golpear con las muletas para pedirme un té, morfina, un poco de jamón crudo. Y un día en el salón de ventanas abiertas un infarto. Entonces sí, cuando muere la última persona que nos controla, quedar totalmente librado a mi suerte, tan solo como esos decrepitos que vemos tardar horas en bajar un escalón, tan solos como esos perros en la autopista, como la viuda un sábado vaciando los armarios. Libres de toda inspección, de toda sospecha, de todo interrogatorio, de toda domesticación. Mirar un atardecer en la arena, agarrar un puñado y dejarla escurrirse en los dedos, ya todos enterrados, empezar a vivir.

Efectos del espejismo carcelario, aparece una chica con esa máscara de oxígeno de tela verde, me decía durante las alertas que era muy nena para que la olfateara papá, aunque probó con poca suerte, y era muy grande para mis ocho. Después la volví a ver y tenía la fiebre de las montañas rocosas. Arrastrada por el oleaje de unos moteles a otros, si no lograba que estuvieran calientes, se sentía nada. Le gustaba experimentar, que la endorfina fuera por su cuerpo, que la latiguen, golpes en los glúteos, llenarse de esa práctica, llenarla hasta el borde, quería ser bailarina de cabaret, quería triunfar y ver su figura en todos los carteles. Al final la encontraron en medio del campo, le había explotado una mina. Con la de ella también terminó mi infancia y ya emprendía los rieles de la pubertad, así empezaban mis días de chico suelto, como una alimaña, como un castor, un pequeño que cada dos por tres sacaba su pistola y la ponía en la frente.

Te levantas frente a un cielo quieto. Detrás un castillo que fue volcán y una fosa con doscientas cincuenta mil vidas. Todo camposanto, todo necrópolis. Se

oye revolotear el aire. Paso la noche delirando y delirando en una ejecución pública hoy convertida en paseo comercial y Santo en Edimburgo. La gente compra. No sé si estoy loco. Creo que sí, pero díganme ustedes, mi público, yo me debo a ustedes, mis fans con banderas que vitorean mi nombre, la gente compra, en las inhumaciones, en las plagas, en los atentados, la gente compra o yo estoy loco, díganme. Esto debería ser la locura, la cancioncita navideña del tren fantasma, yo no sentí placer rasgando a la víctima hasta hacerla chorrear. No sentí nada, si no sentí nada, no puede ser considerado crimen.

En el día de la fecha se encuentra culpable de los cargos de secuestro de un menor, abuso con alevosía y homicidio agravado en primer grado. Toda duda sobre su culpabilidad fue borrada durante este último juicio. Se le otorga el derecho al uso de la palabra por vez última al no contar el acusado con un abogado o persona calificada para hablar en su nombre.

La abuela y familiares de la víctima se me abalanzan. Llevan remeras con mi cara estrangulada. Quieren matarme en este acoso permanente de moscones... mi nieta está muerta asesino, este sujeto tiene que ir a la cárcel, este sujeto que pare de hablar de una vez. Quiere hacerse el loco, no estaba loco cuando se subió sobre ella, antes no estaba loco cuando se le puso arriba y la aplastó, ¿y ahora sí? Mi nieta antes estaba y ahora no está, asesinaste a mi nieta, por nada. Ella quería correr, alejarse, es como seguir disparándole debajo de la espalda, seguías disparándole. ¿No tenés memoria, se esfumó tu memoria? Qué recordás de tu muerte. Para él no significaba nada esa noche, señora jueza, no tiene rastros de ella, fue una vez más, fue parte de su cochinada, de su depresión putrefacta, pero para nosotros era todo. Y todavía se atreve a tener esa expresión inmutable, no nos ofrece ni un rictus de arrepentimiento Es peor que un animal de criadero industrial, espero que vaya al infierno adonde pertenece. Se me tiran encima, su señoría, me van a matar, me acusan de esterilizar negros, de marginal, de insurrecto. La moral no es mi tema, la moral es un fenómeno de ustedes, háganse cargo de que les pertenece porque la predicán. Yo les caí del cielo, no amo a nadie, esta anciana abuela todavía ama a su nieta más de lo que amó alguna vez a su propia hija, más, seguramente, de lo que la hubiera amado si no estuviera muerta. Es patético,

pero en eso la ayudé sin querer, a que la ame más, a que la ame mejor, a que la ame de veras. Ellos lloran diciéndome perro, diablo, monstruo, porque aman. No sé qué prejuicio puede haber en que yo no tenga ninguna expresión delante de ellos, en que no pueda llorar o presentar gañidos, en que solo tenga una mirada neutra. Amé tanto que me quedé sin horizonte, amé tanto que ahora ya no hay nada más que abrir el ano y recibir los desechos fecales, amé tanto una vez que incluso a los que dije querer, incluso cuando sonreí, cuando besé, después, cuando junté las manos en oración, todo ese invento del placer humano al lado del fuego, todo fue infamia. El linchamiento de esta época es tan penoso que no voy a cruzar fronteras con otro nombre, subirme a trenes con legajos falsos, absorber ni pagar en coladeros clandestinos y brumosos. Esta época es tan penosa, lo que hace esta época con el deseo es tan maligno tan perjudicial que ni siquiera me colgarán del cuello con la insignia, acá me quedo, teñido de atrás. Que se calle, que se calle ya, dios, que se calle y deje de hacerse pasar por loco, ella ya no existe y este parlanchín sigue. La policía me saca del lugar a los golpazos y maniatado. Pero no está loco, no está loco, gritan todavía, no está.

Fue violada con un objeto punzante y quedó con heridas en la uretra. Tras el ataque se cotejaron lesiones en órganos y en el sistema urinario, una fractura en una pierna y heridas sospechosas. Y se ríe, se está riendo, señora jueza, lo vamos a desfigurar. No me estoy riendo, ¿dónde ven que me ría? ¿A qué llaman risa ustedes, todo es risa? No saben leer una cara, no estoy teniendo ninguna expresión porque no estoy sintiendo nada ahora mismo. Entiendo que no puedo ni pude hacer algo con la historia que mira siempre a las mismas víctimas sin girar la cabeza. Se quedan hipnotizados con el bebedero de sangre y no ven que avanza y pasa debajo de sus zapatos. Como siempre desafiné y me habitué a que se propague alrededor mío la indignación y el desconsuelo, no me río y tampoco hago un mohín de dolencia. No espero el aplauso y tampoco me molesto con los silbidos. Cuando veo a mis padres volver de hacer las compras o salir a dar un paseo dominical del brazo sin saber si estoy vivo o si me caí de mi cama y nadie más nunca vino a ver mi cadáver o a tirar abajo mi puerta para darme una sepultura digna con discurso y cortejo, me digo que todo es su culpa. De lo que hicieron conmigo cuando cedí mi cara de infante pero seguía siendo yo, seguía siendo un hijo suyo,

seguía perdiendo dientes debajo del almohadón, buscando monedas al amanecer cuando venías a buscarme. Yo no vi a la chica caminando a los tumbos, no vi absolutamente nada aquella noche tenebrosa, solo mis velas alumbraban algo en el caserío mortuorio. La culpa la tiene ella cuando me dejó, la juzgo por eso, por haber desatado la amoralidad sentimental. Nadie merece ser abandonado, yo no siento nada por mi familia, mis padres la destruyeron cambiando de identidad. Yo también tengo lesiones en distintas zonas del cuerpo y también tengo constantes pesadillas y secreciones que no son normales en mis órganos genitales. Yo también tengo problemas para obtener el sueño y dificultades para poder sentarme y caminar y hago tocamientos indebidos y soy retraído a causa de mis agresores, pero acá estoy dando la cara.

Le leemos un mensaje que acaba de llegar a nuestras manos. «Nosotros somos únicamente sus padres y no los cómplices del acusado. Nosotros sufrimos lo que hizo. Queremos integrar la parte civil en el juicio por considerarnos sus víctimas. Sufrimos el vandalismo y la pesquisa en nuestra residencia. Creemos no merecerlo, solo pedimos a este honorable Tribunal vivir nuestra vejez serenos y alejados del ruido mediático, para eso trabajamos duro toda nuestra vida, y no es para cosechar esta deshonra que tuvimos hijos. No era este el hijo que educamos y consideramos que es un desconocido. Los hijos se convierten a veces en anónimos, un día toman la rotonda equivocada y nos traicionan. Tenemos noche y día a la prensa atestada frente al domicilio, estamos con problemas cardiacos, no podemos ni ir al mercado, los vecinos no nos dirigen la palabra, nos pintaron la puerta, la vejez debería ser una isla templada. Tendremos que mudarnos, salir de la casa con lo puesto dejando todas nuestras pertenencias.»

Es agotador despedirme de mi vida como haberme despedido del deseo. Son cuerdas que brillan y decaen, oscurecen y tienen siempre la misma connotación como el ruido de hierro de los botes de basura anunciando la llegada del día. Un sonido fuliginoso y desbordado. Cómo habría sido mi vida con el estremecimiento físico de tocar, el verdadero sentimiento, la emoción material de irradiar armonía. Cómo hubiera sido abandonar el piano para

servir al ejército y que un general me escuche y me saque del peligro para que me dedique a la música. Robarle la vida a Cziffra capturado por las tropas enemigas y con lesiones en las manos seguir, sin violar ni investir un cuerpo agitado, sin matar, sin los celos, sin juventud, qué importaría ser viejo. Mamá, dijiste una vez que dentro tuyo yo escuchaba a los jefes en trance frente a la ópera, vos sabías que eso me reservaba un destino sobrenatural, sabías que yo iba a poder tenerlo porque eso era hacer justicia, porque eso hacen las víctimas con el hostigamiento, inventar de nuevo todo el arte que ellos idolatran, sustraérselos.

Afuera de mi casa habrá animales muertos, pañales sucios y bicicletas sin uso, ensayé tantas veces un largo homenaje a mis padres escrito en papel frente a sus tumbas, lo sé de memoria, cada modulación, pero los progenitores siguen vivos en esta misma ciudad cerca de un río.

Como en todo crimen la verdad es inalcanzable, eso le da todavía más emoción, no es la justicia lo que nos reúne sino el divertimento y el morbo, cada vez que se llevan al patíbulo a uno de los imputados, cada vez que lo atan a sus sillas artesanales o lo meten en un tubo de gas improvisado, cada vez que buscan la vena más saliente para la inyección letal, dejan ir un misterio. Dejan ir a la historia, dejan escapar una forma de verdad que estaba a un paso de serles revelada. Pueden gritar cuantas veces les den los pulmones, pueden medir la cabeza del inculpaado y hacer experimentos con sus testículos. Perdí partes de mi memoria pero sé que en una audición casi me caigo en las teclas, me hicieron la seña de subir al estrado, las manos me temblaban, trataba de no mirarlos, trataba de sentarme y hacer la reverencia ensayada pero la orden de comenzar fue dada y mi vida corrió como una travesía de escondites, puertas traseras, montacargas secretos y todas las posibles maneras de pasar inadvertido hasta terminar en esta aldea. No sé cómo toqué pero al terminar mis padres tan bien vestidos esperaban afuera, y fue verlos y entender.

No pensaba en la chiquita, en moverme como un roedor, en hacerle sangrar, en volverla torva, lunática, estólida y que a los pocos años entre a la

habitación de sus padres con un arma. No estoy pensando en satisfacer esa cosa durante setenta años entre las piernas como el más antiguo de los relojes de péndulo de la estación de Orleans. Me importaba la melodía que taladró su mente cuando compuso su «Vals del minuto». ¿Qué clase de persona podría desear la desaparición de otra? Ustedes sí quieren mi desaparición. No me deberían guardar lástima pero tampoco animadversión. Fue un fósforo que prendió un bosque, yo quería ayudar, estar del lado del bien, de lo que pienso que es el bien. Ustedes están firmando mi sentencia, eso es inconstitucional, ustedes expatrian mis pertenencias, se las apropian, ustedes quieren borrarne, sacarme los papeles. Pero prefiero las hazañas a las palabras así que si me permitieran vivir podría demostrarles lo que puede hacer un hombre con el coraje, incluso los viejos, es tan desconcertante el hombre cuando hace su entrada triunfal. Miro un pino desde mi celda. Está quieto delante de mí. Me pregunto si hay una manera real de amar algo. Los cables cuelgan y dan electricidad a todo el penitenciario, puedo seguir las vibraciones. Quemado todo allá, todo salvo una luna roja delante, alguien podrá verla, alguien más sabrá verla. Viene el recuento, hay que ponerse en cuclillas y caminar siendo mono.

Visitaba a mis padres solo una vez cada tanto, vivíamos en ciudades distantes así que nos dábamos una cita en bares de indigentes de los suburbios en los que se tomaba café quemado y al salir tenía los dientes marrones. Ellos estaban débiles y yo no era ni siquiera un buen partido. Fue en esa época que empecé a estudiar Historia, les mostraba los libros subrayados, les citaba a algún pensador pero ellos revolvían el azúcar, pedían alguna *pâtisserie* con las mejillas coloradas y realmente no tenían ningún interés. Estábamos los tres una noche de lluvia y ráfagas en uno de esos bares con globos y cartones con ofertas y yo no podía mantener la conversación durante más de dos minutos. Mis padres veían que yo tartamudeaba y me iba por las ramas, que esquivaba hablar de lo importante, que mentía, que no había pagado mi café *gourmand* y la chica de la caja ya había hecho señas. Ni me preguntaban si estaba tocando, si había conseguido profesor en el pueblo, pero me echaban un vistazo a las manos y bajaban la vista. Hubiera querido tanto que vieran en mis dedos, en mis movimientos, en mis articulaciones un gran futuro. Yo fallando en muchas notas cuando no estoy en un buen día y sin embargo para el mundo entero,

símbolo del espíritu de la música por sobre todo. La leucemia de Lipatti no frenó nunca sus dedos, pero yo ya no tengo nada para ofrecer, lo di todo en los años de los búnkeres entre fuegos cruzados si es que algo di. Un pasado en establos huyendo de las autoridades y noches en vela en el pecho materno estupefacto, ido, en mi boca su olor a su chivo, sus pelos, su leche perimida. Y afuera un padre que no se escondía para sus depravaciones y varias hogueras simultáneas, hermanos caídos antes de tiempo, hermanos que no llegaron a ser, hermanos sin nombres en las lápidas, pero eso es la biografía de todos, pero eso son las biografías perdidas de los que fueron empleados de comercio, industriales, agrónomos, dentistas titulados con consultorio en el centro o vendedores de palancas, quizás tampoco tuve ese pasado, ya no sé. A quién ir a preguntar. Tampoco esperaban que yo tuviera a mi vez un retoño y ensanchara la genealogía, no esperaban nada, creo, con las manos en el vaso de plástico y limpiando la mesita con la única servilleta. Ahora voy a pagar a la chica de la caja, tengo las monedas, los veo irse a través del vidrio, esos dos son mis saboteadores, no ellos con los uniformes, no el enemigo con patrulla. No me importa que sea en una o en otra dirección donde viven su nueva vida, no tengo ni idea de dónde van a ser enterrados cuando suceda y tampoco me importa. Me digo a mí mismo antes de dormirme siempre ella vive en algún lugar, ella vive en algún lugar. Tenemos una relación fría, la vida es fría. Creo que somos tres extraños ellos y yo. A los hijos no les gustan sus padres, tampoco a los padres parecen gustarles sus hijos. Cuando crecen todo empeora y hay que disimular frente a los empleados, pero ahora los veo a través del vidrio con menús de desayunos y quisiera ir corriendo a su auto, subirme, ponerme el cinturón en la sillita. Esa noche de alerta naranja volaban los árboles y los postes de luz desprendían los cableados. Las casas vueltas ranchos nos despedimos, dos míseros besos de cortesía en cada mejilla y una inclinación reverencial de cabeza bajo las boinas y gorros de lana. Cuando me senté al volante, todavía en el parking oscuro me pareció que ella quería decirme algo desde el asiento de acompañante de papá, pero su auto arrancó. Conduje en una huida hacia delante por el pueblo sinuoso de Villechaud mirando el aire cercar la luna como si la quisiera matar.

Nadie tiene un hijo con alguien, los padres tienen cada uno un hijo con un donante, los hijos aprenden a imitar y si siguen el camino se lo harán a los

suyos. Cada uno lo pare y lo acuna en cuartos diferentes. Pienso en el nacimiento como un disparo a la masa, como un chillido a puerta cerrada, como un ave de rapiña que va de un árbol a otro sacudiendo ramas y el río oscuro se disipa en los troncos. Como un obsequio envenenado. Veo el nacimiento como un condenado se come una media en señal de protesta y el guardia lo deja iniciar el camino de un deceso lento, órgano tras órgano, suplicio tras suplicio. Mis padres vueltos mis delatores, estoy sin respaldo. Yo nací normal, sin ninguna enfermedad degenerativa. Hoy estaré muerto y no asombrará a nadie pero tampoco es que se pasmen frente a los otros caídos, pasan rápido los rictus de asombro, un comentario antes o después del clima y todo habrá pasado más veloz que el ruido de una corneja, ni siquiera lloran los padres enterrando a los hijos. Saquearon mi casa, los objetos a la brocante y el resto a los hangares de los vecinos, luego la ponen en alquiler para la temporada próxima, rematan a mis animales de compañía, dilapidan mis papeles, barren con mis cosechas y el resto lo queman en arcos de fumarada tóxica que va a la colina. Ya cortan los troncos para abrigarse rápido, no sea cosa que palmen congelados como zorros en pie. Vivir, vivir, vivir como autos fuera de control. Mis padres no vinieron al alegato final, quién sabe si a esta altura son arrojados debajo de un tren o si todavía por cruzar del brazo los deben escupir los jóvenes punks de la estación. Empapelaron su ciudad y los pueblos vecinos con mi cara y la leyenda; cosas dichas al pasar, afiches con mi identikit en el mercado, el correo, los centros de recreación infantil, el liceo técnico, los puentes del canal y las fábricas soviéticas con grafitis de los presos. La pederastia, el asesinato, es otra versión del amor o es lo mismo que el amor que me proponen. Ustedes se están riendo en mi juicio, oigo los quejidos y las muecas, los animo a hacerlo sin pudor, la risa populista y preparada. Haber sido hijo de dos que me llevaban para cometer atrocidades me volvió este que ven, haber salido de dos que no tuvieron empatía. Pero no soy menos fanático que ustedes. Mis padres me balanceaban de un brazo alto a otro como una cantinela de milicia, no se puede hacer otra cosa que pasar el tiempo intentando desertar, y dale que va, me lanzaban de nuevo. Me apuro porque sé que vendrá la empleada de turno y me llevará del hombro dándome cascotes, qué otra cosa hacer con los viejos que empujarlos a manotazos y forzarlos a dormir una siesta larga. Esto es el Lejano Oeste, fui un hombre pero ahora es el turno de este lugar tan llano como el que duerme en la sala de espera del hospital donde nació, mi nacimiento presagiado por un arcoíris y

dos golondrinas. El Estado me está liquidando delante de sus ojos, ustedes me electrifican, ustedes más que ellos, eso no les devolverá a la niña mártir, ni la bondad de esos animalitos silvestres, tampoco lograrán que hablen los perros, ellos que saben toda la verdad. Me sientan y me atan a la silla, la estoy estrenando, tengo el honor, la subvencionó la comunidad, la pusieron al día para mí. Me apuro y paro pero antes sodomícenme.

¿Qué hago yo acá fiscal? ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo vine a parar? ¿Cómo voy a violar yo? ¿Por qué ustedes me juzgan a mí y no yo a ustedes? ¿Por qué no toma asiento? Le cedo el lugar. Faltaba más. ¿Por qué sigo queriendo a mi madre tan vengativa? Yo tendría también varias penas que dictar. Si tan solo rigieran los correctivos de antes, no solo no estaría acá sino que me vendrían a dejar flores en la puerta de mi casa. Oigo algo como gritos y al mismo tiempo silencio, una suerte de silencio alucinante pero viene de mí. Ustedes que me miran de cerca no merecen vivir más que yo. Ustedes ahí con carteles de festejo colgados entre las casas y suelta de globos qué van a hacer cuando salgan del recinto, adónde van, en qué van a pensar esta noche, qué cosa van a entonar, cuántas veces más van a decirse las mismas cosas creyéndose. Me llevan, ya pasan al acto, no hubo indulto, no estoy arrepentido de nada, toda acusación es un plagio y todo mi rencor es legítimo. Si ahora mismo empezara a matar gente no quedaría nadie vivo.

Edición en formato digital: junio de 2019

© imagen de cubierta, Liszt Collection

© Ariana Harwicz, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4040-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

ARIANA HARWICZ

Degenerado



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas